

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**DEATH,
PLEASE**

**Frank
Caudett**



SM

Joan Shearer era, últimamente, la compañera más asidua de aquel atleta de pelo negro, muy morenote y con muchas espaldas, que se llamaba Curtis Monroe.

Y la más hermosa también —dicho sea de paso y para precisar—, sensual y excitante, de cuantas había lucido a su vera el hombre de moda, el hombre del año no sólo en Nueva York, sino en toda la geografía del tío Sam.

Y era Curtis Monroe el hombre de moda, del año, por su aparición en el cine, aparición sorprendente y deslumbrante, interpretando el papel estelar en el film *La Boda del Horror* donde encamaba al detective Lew Parker —él era precisamente investigador privado en su vida profesional—; película cuyo argumento procedía de un caso real, verídico, que había estremecido a la opinión pública estadounidense ya que una pareja de recién casados había amanecido brutalmente asesinada en el motel donde decidieron pasar su noche de bodas... ambos cónyuges fueron hallados por una de las camareras de servicio bañados en su propia sangre y brutalmente descuartizados.



Frank Caudett

Death, please

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1733

ePub r1.0

Lds 05.03.19

Título original: *Death, please*

Frank Caudett, 1983

Cubierta: Sampere

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



UN APUNTE

Los rotativos y publicaciones de mayor tirada y más elevado índice de lectores —según los sondeos de opinión y controles de venta realizados por empresas especializadas en el *marketing*— de la neoyorkina ciudad de los rascacielos publicaron entre los días 20 y 31 de julio de 1983, en su sección de anuncios por palabras, apartado de «varios», el siguiente escrito:

¡COMPOSITORES NOVELES!
MELOMANOS CON GANAS DE PARTICIPAR...
¿NO PEDÍÁIS UNA OPORTUNIDAD?
¡«MUSIPHONO NEW» OS LA OFRECE!

«MusicPhono New», empresa discográfica en expansión llega al mercado del disco y la música dispuesta a revolucionarla.

¡Basta! ¡Se acabaron los de siempre! ¡No más triunfos para los triunfadores de cada día!

¡Buscamos gentes con ganas de las que nunca nadie haya oído hablar!

Los que quieran empezar, pueden empezar ahora con nosotros que en cierto aspecto también somos novatos.

Ésta es... ¡LA REVOLUCIÓN DE LOS DESCONOCIDOS MODESTOS!

Y... ¡ESTAMOS DISPUESTOS A DAR MUCHA, MUCHISMA GUERRA, PORQUE TRAEMOS MUCHA, MUCHISIMA «MARCHA»!

¡Animaros familia! ¡No tengáis vergüenza y remitidnos vuestras partituras inéditas!

Nosotros, nuestro equipo de expertos asesores, las estudiarán con atención y cariño.

¡Venga, adelante! ¡Desde este mismo momento estamos esperando esas partituras con el deseo brutal de proyectarlas a la fama!

¡PERO...! ¿QUE ESPERAIS?

¡ENVIADLAS YA... HOY!

Prometemos que ni una sola de esas partituras, ninguna de las que lleguen hasta nuestras oficinas, irá al saco de los papeles sin habérsele prestado el máximo interés y el mayor cariño.

Garantizamos, además, que serán devueltas a los remitentes todas aquellas composiciones que en el momento actual no se consideren interesantes o no se ajusten a las exigencias de los mercados que pretendemos, sin que ello quiera decir que no sean buenas, que la música no sea una música excelente.

Si hoy os decimos que no, ¡paciencia! Quizá mañana recibáis el sí... ¡nunca se debe desfallecer!

Música ligera, melódica y romántica, es lo que preferimos en principio.

¡VENGA, NOVELES ANIMO! ¡ESTAMOS ESPERANDO VUESTRA MUSICA!

Escribid al Apartado de Correos

70 641

de Nueva York, o dirigíos a 1118 de Nassau Expresway (South Ozone Park-Brooklyn), New York.

Un anuncio publicitario más.

Como otro cualquiera.

Bueno... hubiera sido un anuncio más, otro cualquiera, de no

haber sucedido lo que luego sucedió.

PRÓLOGO

—No te hacía tan romanticoide, Curtis.

El, sonrió con amplitud.

—¿Por qué, Joan? —quiso saber.

Joan Shearer era, últimamente, la compañera más asidua de aquel atleta de pelo negro, muy morenote y con muchas espaldas, que se llamaba Curtis Monroe.

Y la más hermosa también —dicho sea de paso y para precisar —, sensual y excitante, de cuantas había lucido a su vera el hombre de moda, el hombre del año no sólo en Nueva York, sino en toda la geografía del tío Sam.

Y era Curtis Monroe el hombre de moda, del año, por su aparición en el cine, aparición sorprendente y deslumbrante, interpretando el papel estelar en el film *La Boda del Horror* donde encamaba al detective Lew Parker —él era precisamente investigador privado en su vida profesional—; película cuyo argumento procedía de un caso real, verídico, que había estremecido a la opinión pública estadounidense ya que una pareja de recién casados había amanecido brutalmente asesinada en el motel donde decidieron pasar su noche de bodas... ambos cónyuges fueron hallados por una de las camareras de servicio bañados en su propia sangre y brutalmente descuartizados.

Curtis Monroe, decíamos, había sido elegido por la Picture Corporation para llevar a la pantalla el mismo caso horrible que solucionara en la realidad.

Un antiguo novio de la muchacha que seguía locamente enamorado de ella resultó ser el furibundo homicida que por celos y despecho había masacrado a la pareja en su noche de bodas.

Curtis Monroe había llegado hasta el asesino.

Y la Picture Corporation, con la visión comercial que caracterizaba a la gente de Hollywood había decidido que aquel argumento real bien podría ser un éxito en el cine por la resonancia que en su momento tuviera y por cómo había estremecido el sentir popular de las gentes... Y la Picture Corporation teniendo en cuenta las características físicas de Curtis Monroe había llegado hasta él proponiéndole ser el *starring* masculino de aquella producción cinematográfica.

El detective aceptó y con ello su cuenta corriente quedó incrementada con un saldo de dos millones quinientos mil dólares.

Pero el dinero y la fama no habían emborrachado a Curtis que luego de intervenir en el rodaje de la Boda del Horror regresó a su despacho profesional de Manhattan siendo el mismo que era antes de integrarse fugazmente en el estrellato de Hollywood.

Sólo una salvedad había que hacer a lo que fuera su anterior trayectoria como detective privado: ahora, sólo aceptaba aquellos casos que le parecían interesantes prescindiendo del poder económico adquisitivo de la persona que viniera a encargárselo.

Bueno, la otra salvedad en tono menor podía ser que Curtis, desde que se embolsara los dos millones y pico, vivía la vida más de cerca. Y con mujeres tan hermosas como la que estaba con él aquella noche: la pelirroja Joan Shearer.

Que contestó:

—Porque este lugar tiene sabor añejo. Respira evocaciones a todos los niveles de una época que no fue tuya ni mía. Ambiente de los años 50, música de aquel entonces, ¿de qué te viene a ti eso? Apenas si acababas de nacer.

—Soy un sentimental por definición. Me encantan las melodías de aquel entonces, la forma de vivir, el sabor faire que ahora se ha perdido. Además, Casablanca *Show's* es propiedad de un buen amigo mío.

—¿De qué viene tu amistad con Roy Bergen?

—Jugamos juntos al *rugby*...

—¡Pero si te lleva por lo menos treinta años! —exclamó Joan, temiendo que el detective la estuviera tomando el pelo.

—... Con su hijo Pret. ¡Es que no dejas terminar, chiquilla!

—¡Ah! —La pelirroja parecía haberse quitado, con la exclamación y el suspiro, un gran peso de encima.

—Cuando Roy compró el local anterior que aquí se alzaba para echarlo a tiara y construir esto, sus más íntimos le preconizaron un absoluto fracaso. Pero acertó. Roy sabía y sabe que existe mucha gente con el corazón lleno de añoranzas. No todo el mundo se ha dejado computar, programar y mecanizar con esa evolución que al decir de algunos es progreso. Hay muchas personas que siguen amando lo bueno de verdad.

—¿Te cuentas tú entre ellas, Curtis?

—¡Por supuesto, prenda!

—Oye... ¿Por qué lo bautizó con el nombre de Casablanca *Show's*?

—¿Por qué iba a ser, nenita? Por razones sentimentales... Roy era un admirador a ultranza de Bogart. Y en recuerdo de aquella inolvidable película que Bogy protagonizó con Ingrid Bergman, Casablanca, le puso nombre al local. Mira a ni alrededor, belleza. Todo esto respira sabor, color, romanticismo, buenas formas, discreción... ¡Ay, qué tiempos aquéllos!

—Tengo la sensación de que te estás «quedando» conmigo, Curtis.

—No me gusta la terminología pasota, Joan. Elimínala de tu vocabulario y verás cómo éste gana en ortodoxia.

—¿He venido a escuchar un discurso, Curtis?

—¡No! —rió él—. Has venido a bailar con un tipazo de hombre como yo, lo cual, no me lo negarás, «mola» un «kilo».

—¡Eh, académico de la lengua! ¿No te olvidas de la ortodoxia hablada?

—Perdona, chica. Es el entorno que me contagia.

En aquel mismo instante el *speaker*, desde el centro de la iluminada pista, acababa de anunciar la actuación de Krystel Allen.

Desde luego, el ambiente camp de Casablanca *Show's* estaba perfectamente logrado. Aquel refugio de jóvenes nostálgicos ofrecía todo lo necesario para que la evocación se realizara sin grandes esfuerzos. La distribución, atmósfera y decorados, transportaban de inmediato a los años 60 sin que uno se diera cuenta. El guardarropía cerca de la entrada formando una media luna, las cortinas de terciopelo granate después ocultando la sala central a la que se accedía pasando por entre aquéllas, una cincuentena de veladores distribuidos alrededor de la pista con luz suave y

nostálgica como todo lo que había allí. Desde el centro de la circunferencia compuesta por los veladores se alzaba con suavidad una rampa que llegaba hasta la mitad de la pista —donde ahora se encontraba la preciosa beldad tropical Krystel Allen respondiendo con suaves reverencias a los aplausos con que la recibía la distinguida clientela— de manera que, el personal, salía a bailar teniendo como centro de sus ondulaciones al propio intérprete de la canción.

Detrás y sobre un semicírculo de madera, se aposentaba la orquestina.

—Para todos ustedes, señoras y señores, Mirando al mar — anunció la Singer^[1].

—¿Bailamos, Joan?

—Bailamos, Curtis.

Cuando se acercaron a la pista situándose muy cerca de aquella espectacular belleza tórrida hawaiana que era Krystel, por unos instantes, la varonil apostura, la elegancia y corrección de maneras y facciones de Curtis Monroe desplazó la atención general convergente en Krystel para atraerla hacia sí. Las mujeres que le miraban arrobadas pensando en las muchas emociones que podía deparar una aventura con un tipo como aquél, lo habían reconocido la mayor parte como el protagonista de la Boda del Horror. Los hombres lo miraban simplemente... con envidia.

Curtis Monroe era un moreno de aquellos que le quitaban el sueño a las hembras. Moreno, moreno. Con un cabello negro peinado a lo Clint Eastwood, con su onda sobresaliente a modo de visera. Con unos músculos que se intuían poderosos a la hora de la violencia y suaves, sedosos, a la hora del amor. Negros eran también sus ojos llenos de fuerza, cuadrados los mentones y partida su barbilla por un gracioso hoyuelo.

*Bajo el palio de la luz crepuscular,
cuando el cielo va perdiendo su color,
quedo a solas con las olas espumosas
que me mandan su rumor...*

La voz tórrida, febrilmente contagiosa de aquella preciosidad de

ébano entonó los primeros compases de la romántica melodía que en España, años ha, popularizara su creador, un valenciano de nombre artístico Jorge Sepúlveda, llevando hasta las parejas el ardiente hálito de su voz y de su respiración, consiguiendo Krystel que todo el mundo se olvidara de cuanto no fuese la canción, «su» canción, que ella interpretaba con personal maestría Curtis, mientras evolucionaba con Joan entre sus brazos al acorde de la música, susurró al oído de ella mordisqueándole el pabellón:

—No sé qué me excita más, si el calor que le pone Krystel a esto o el contacto de tus pechos taladrando mi torso. ¿Te he dicho alguna vez que tienes unos senos de fuego?

—No... Pero confiaba en que algún día me lo dirías.

—Quiero abusar de ellos esta noche, preciosa.

*... Yo tan sólo recordando
la aventura que se fue,
la aventura que en sus brazos amorosos
disfruté...*

Krystel seguía empeñada en revivir los ecos del pasado con su registro melodioso y resucitar al mismo tiempo viejos recuerdos, olvidadas pasiones.

Mementos, incluso, que pudieron ser y no fueron. Que ahora podían ser pese al paso de los años transcurridos.

—Permiso concedido, pesquisa. Serán tuyos toda la noche... y toda la vida si lo deseas.

—¿Es eso una proposición deshonesta a largo plazo?

—Es una velada insinuación de que me pidas en matrimonio.

—¿Hace falta casarse para amar? —Arqueó las cejas y mostró una expresión entre asestada y sorpresiva.

—Digamos que es un trámite burocrático para legalizar el amor —repuso ella con similar ironía a la empleada por Curtis. Añadiendo—: Aunque soy consciente de que tú no comulgas con esa clase de trámites.

Seguían moviéndose muy despacio, apretados, muy apretados, sintiendo sus cuerpos ávidos de pasión formar uno de solo. Joan había alzado levemente la cabeza para hundir sus ojos en aquel

misterio interminable que eran las negras pupilas de Curtis y había entreabierto sus labios en silencioso ofrecimiento, estimulando el deseo de él al hacerle llegar la tibieza de su aliento.

Curtis la besó. Despacio, poniendo en la acción sus cinco sentidos. Embriagándose de la dulzura de su boca, del arroje que parecían destilar los trémulos y deliciosos labios de Joan Shearer.

Krystel ahora había enmudecido y era la orquestina quien llenaba el ámbito con las notas musicales de la pieza componiendo una especie de empalagosa atmósfera por encima de la cual vagaban sueños, pensamientos, momentos del pasado, promesas del futuro...

—Recuerdo una película de Elizabeth Taylor, El último Juego de la ciudad creo —habló Curtis—, en la que ella encarna el papel de una mujer casquivana, frívola, de esas que están de vuelta en la vida y sobre todo en el amor, que termina enamorándose de un muchacho más joven que ella, simple y complicado a la vez. Viven mucho tiempo juntos y Elizabeth se convierte en la mujer más fiel y enamorada... como probablemente no sabría serlo otra con menos experiencia. Un día él, Warren Cates, le pide que se casen. Le asegura que necesita casarse con ella. Elizabeth le responde que no, que no quiere estropear aquel maravilloso e interminable idilio con el matrimonio. ¿Entiendes?

—Eso de que la obligación comporta el rompimiento de las relaciones sentimentales es una teoría discutible.

—Pero aceptable —puntualizó el detective. Insistiendo—: Muy aceptable.

—Sí... —reconoció Joan oca una sonrisa—. Es posible que el convertir la aventura en algo concreto y hasta cómodo, con toda su carga de costumbrismo, adecuándolo a los convencionalismos establecidos por la sociedad, pueda ser a corto plazo negativo y acabe con el amor y la aventura. Aunque pienso que la aventura, con matrimonio o sin él, dura lo que el amor. Y éste, solo lo que el deseo.

—¡Excelente filosofía! —Aplaudió, irónico, el moreno detective. Añadiendo—: Y en consecuencia, me dejarás abusar de todos tus encantos y me entregarás tu pasión...

—Sin condicionamientos de picardía —completó la hermosa Joan. Agregando burlona un escueto—: Yes.

Krystel había vuelto a empuñar el micrófono para ir solazando con su cadencia tropical y contagiosa los cerebros y sentidos de la concurrencia.

Era pura delicia, desde luego, escucharla.

*Mirando al mar, ¡soñé!,
que estabas junto a mí,
¡mirando al mar yo no sé qué sentí!
Y acordándome de ti, ¡lloré!*

Las parejas se besaban como si su vehemencia al unir sus labios se convirtiese en estruendoso aplauso, en forma solapada de agradecimiento hacia quien desde su voz y con su arte, con todo el sentimiento que depositaba en la melodía, les estaba permitiendo volver a la juventud, convirtiendo en realidad palpitable lo que de costumbre era oculta nostalgia... y aquel beso era un beso distinto, un beso de orfebrería, en el que estaba presente toda la carga emocional, la satisfacción de saber que el tiempo no se lo había llevado todo por inexorable y cruel que fuera en su avance.

Descubrir que en el fondo de sus corazones quedaban aún rescoldos de ama y que las cenizas de la pasión no se habían apagado por completo, era algo que quienes bailaban y quienes permanecían sentados a sus mesas escuchándola, agradecían fuertemente a Krystel Allen, y se lo agradecían besándola, con un beso que era también algo de ella, de la tropical venus de ébano que había obrado el milagro de parar el reloj para hacerlo correr, por unos instantes y sin que sentara precedente, hacia atrás.

*La dicha que perdí,
yo sé que ha de tomar...
Y sé que ha de volver a mi
cuando yo esté mirando al mar.*

Al concluir la «erre» prolongada, Krystel inició unas graciosas genuflexiones y la salva de aplausos que saludó su actuación fue mucho más sonora, excitaba, vehemente, que aquélla con que fuera

recibida.

Curtis y Joan regresaron a su mesa.

—Además de que canta bien reconozco que es una mujer elegante. Llena. Tiene algo...

—Es agradable escuchar a una chica alabando las virtudes de otra —dijo el detective—. Y no es frecuente.

—¿Por qué?

—No sé... Por lo mismo que un hombre se cuida muy mucho de ponderar las virtudes físicas de otro.

—Eso obedece a una arcaica y absurda concepción del machismo. Existe el temor de perder masculinidad. Un hombre no puede aplaudir a otro sin dejar de introducirse en los ásperos senderos de la homosexualidad. ¡Qué aberración!

—Mira, Joan... por mucho que la humanidad se modernice, hay cosas que no cambian, o que se mantienen. Un sector de la juventud «pasa» de todas esas monsergas y se revela incluso contra ellas. Los *hippies* en su día, el movimiento punk, el pasotismo, todo lo que quieras, pero en el sentir general sigue abundando el tradicionalismo. Y por eso el hombre cuida su imagen externa, su masculinidad y machismo si prefieres llamarlo así, como la mujer de siempre cuida su virginidad.

—¿Te molesta que yo no sea virgen entonces? —sonrió la excitante Joan.

—Muy en el fondo de mi alma, puede que sí. Me jode que otro haya poseído tu cuerpo antes que yo. Pero como hombre actual estoy obligado a ser ampliamente demócrata y aceptar que el sexo no es el amor y que puedes amarme a mí por encima de todo sin que sexualmente haya sido el primero. Muy enrevesado si, pero real como la vida misma.

—A veces pienso que eres un tipo muy complicado, Curtis.

—Puede que lo sea, pequeña.

—¿Eh?, ¡qué alegría! —exclamó una voz herrumbrosa acercándose a la mesa—. ¡Me rejuvenece ver una pareja como la que formáis vosotros! ¡Joan y Curtis! ¡Curtis y Joan!

—Ya has cumplido, Roy. Tu papel de anfitrión es aceptable. Puedes retirarte.

Roy Bergen tenía la voz herrumbrosa, sí. Y un cuerpo rechoncho y bajito coronado por una cabeza brillante, por lo esplendoroso de

su calvicie, con facciones anchas y sanguíneas en el rostro que parecía un pan de payés. Pero al mismo tiempo brillaba en su cara un chispazo enérgico consecuencia de la diaria y continuada búsqueda de unos tiempos que, al decir de algunos, fueron mejores.

Era el *alma mater*, el artístico de que Casablanca *Show's* no dejara de cosechar éxitos y de que reservar una mesa allí fuera cuestión de anticiparse o de tener algún pequeño enchufe.

Caso de Curtis.

—¿Me echas?

—O. K. Joan acaba de decirme que se pirra por los tipos maduros, ¿sabes?

—Tranquilo entonces. Mi madurez es caduca.

—Tú ya no..., ¿eh? —preguntó Monroe con una picara sonrisa en sus labios sensuales.

—¡Hombre! Tanto como eso... ¡Joan! No le hagas caso a este fulano. Le gusta comprometer a la gente y reírse de ella.

—Sí, a veces pienso que se gastan toda la pólvora en salvas, Joan —dijo el dueño del local. Sentenciando—: Creo que tienes razón.

—Puñetera envidia, Roy Bergen. Puñetera envidia... pecado capital y nacional número uno.

—¡Algo de eso también hay! ¿Por qué negarlo? —Siguió la broma con afabilidad, junto a su pareja de amigos, el propietario de aquel lugar lleno de ensueños, recuerdos y evocaciones. Preguntando—: ¿Sabéis quién actuará a continuación?

—Sorpréndenos —ironizó una vez más el detective.

Roy Bergen miró a su amigo con una expresión mezcla de duda, sorpresa y censura.

—¿De veras que no lo sabes, Curtis?

—De veras, desconfiado.

Bergen, reacio a dar su brazo a torcer, molesto por el hecho de que el aplaudido cartel de su espectáculo no se lo supieran de memoria los concurrentes, máximo si eran además amigos, insistió y miró a la bella acompañante de Monroe:

—¿Tú tampoco, Joan?

—No.

—Pues sí que...

—¡Dínoslo ya de una vez, Roy! —exclamó Curtis—. Mira que te

gusta jugar a las adivinanzas, ¿eh?

Roy Bergen guardó unos segundos de silencio.

Luego, triunfal y satisfecho, exclamó:

CAPÍTULO PRIMERO

—¡LOU TALBOT!

—¡Lou Talbot! —repitió Joan Shearer—. ¿No es el cantante que se presentó hace un mes en Las Vegas de la mano de Frank Sinatra, actuando al lado de Dean Martin?

—¡El mismo, Joan, el mismo! —celebró el dueño de Casablanca *Show's* que la muchacha se hubiera identificado al momento con el nombre de la actuación estelar del local. Y siguió, vehemente—: ¡Es el sucesor de Sinatra! ¡Seguro!

—Ya será menos —dijo, frío, Curtis, con evidente intención de hacer cabrear a Roy.

—¡Lo que tú quieras, hombre! —Y sí, se cabreó el dueño—. Talbot es lo mejor que en voz romántica le hemos dado al mundo los americanos en los últimos años. ¡Lo que yo te diga! Y hubo de salir al extranjero para que aquí se le reconocieran sus valores. Es un americano que podríamos decir que ha hecho «las Américas» en Italia. Ganador del último festival de San Remo, certamen que desde los tiempos de Domenico Modugno, Nilla Pizzi, Ennio Sangiusto, Giglio la Cinquetti, etcétera, ha sido siempre monopolio exclusivo de los italianos. Cuando han aceptado la irrupción de Lou Talbot, ¡ya me dirás! Ha intervenido además en dos películas de Rosellini, ¡y qué sé yo! Sinatra se lo llevó a Las Vegas y me lo ha cedido por ser yo quien soy. ¿Cómo te ha quedado el cuerpo, pesquisa?

—Excitadísima ¡Estoy loco por ver a Lou Talbot! Si fuera mujer te pediría su mano ahora mismo. Porque debes ser su representante artístico y personal en Nueva York, ¿verdad?

—No sé cómo puedes salir con ese tipo, Joan.

—Porque le voy, tío. Y bromas aparte, quiero que sepas que

estoy al corriente de la trayectoria de Talbot y que es una de las razones de que hayamos venido aquí esta noche. ¿Más contento?

—Me hubiera defraudado de lo contrario, Curtis. ¿Sabes con qué canción vamos a presentarlo?

—Eso sí que no lo sé —repuso Monroe.

—¡Yo, me lo supongo! —exclamó, sonriente, la extrovertida Joan.

—Adelante... —La invitó el propietario del Casablanca *Show's*.

—¡Con Death, please...!

—Inteligente además de preciosa —admitió Roy Bergen—. Raro que se aúnen ambas cualidades en una mujer.

—¡Machistas! Sois una pareja de machistas.

—No, no, Joan —dijo el sesentón—. Chapados a la antigua.

—Death, please... ha sido el éxito de este verano, ¿no?

—La número uno en los *ranking's* musicales de las principales ciudades de norte y Sudamérica. Ha pegado con una fuerza increíble. Esta canción le hará ganar un chorro de dólares a la MusicPhono New.

—¿Y qué es eso? —inquirió, siempre satírico Curtis.

—Una nueva compañía de discos. Una firma que se ha estrenado precisamente con el éxito obtenido por Death, please...

—Les habrá costado un huevo financiar la campaña publicitaria.

—No, Curtis. No lo creas. Ningún caballito blanco de los conocidos en el mundo de la canción patrocina económicamente a esa nueva empresa. Ha sido cuestión de suerte, y de saber; claro. ¡Como todo en la vida!

—Eres un pozo de filosofía y de *fair play*, viejo.

—Cuando llegues a mis años ya veremos si tu...

El *speaker* había vuelto a plantarse en aquel memento en mitad de la pista, con su chaqueta negra con solapas de tafetán, su oscura pajarita cerrando el cuello de la impecable camisa blanca, su aire de nostalgia en la expresión y su micro en la mano, anunciando:

—Señoras y caballeros, distinguido público que nos honra con su asistencia y nos distingue con su favor! Al darles una vez más nuestra cordial bienvenida a Casablanca *Show's*, quiero decirles que es un honor para la empresa, para el propietario y para mí mismo, poder presentarles ahora, en este momento, ¡al número uno de los cantantes melódicos de nuestro país! ¡Al triunfador de Italia

galardonado con el estrellato en el último San Remo! ¡Al hombre que ha roto el firmamento de Las Vegas empujado por el maestro Sinatra! ¡Señoras y caballeros, con ustedes y con nosotros... LOU TALBOT!

Las palmas echaron humo.

La salutación del público al anuncio del *speaker* fue épica.

—Tengo que dejaros, pareja —dijo Bergen a Joan y Curtis, saliendo de estampida por entre las mesas.

Loy Talbot apareció en la pista con todos los focos hacinados en su persona arrancando chispazos cegadores de su correcto y oscuro *smoking*.

Las palmas seguían sonando.

—Gracias, gracias... —Se inclinó—, muchas gracias por su gentileza. Y ahora, como lo mío no es hablar sino cantar, para todos ustedes, el éxito del verano... ¡Death, please...!

La orquesta atacó con brío.

Joan le dijo a su acompañante:

—Como hombre está para comérselo.

—¡Se lo digo ahora mismo! —exclamó Curtis Monroe saltando hacia arriba de su silla, con expresión resuelta, haciendo amago de correr hacia la pista.

—¡CURTIS! —Joan se estiló como una gata para atraparlo por la cadera, derribando la botella de *whisky*, los vasos y casi volcando la mesa, en su afán de detener al detective.

Obvio que el estrépito conmocionó a los asistentes.

Que ubicaron sus miradas en el lugar donde la atribulada Joan, con expresión de película cómica, seguía fuertemente aferrada al muslo de Curtis.

También el cantante, lógicamente, se fijó en la muchacha que había causado el estallido a la que miró con una sonrisa de comprensión y ánimo.

Ello, seguramente, hizo que Joan Shearer se sintiese más ridícula, más humillada, más poca cosa, frente a todo aquel selecto plantel de damas otoñales que habían acudido al Casablanca *Show's* luciendo sus joyas rutilantes, sus vestidos más espléndidos, sus kilos de más y todo el bagaje de recuerdos que se acumulaba en sus cabezas de peinados espectaculares.

Roja como la grana, furiosa, estalló.

—¡Imbécil...!

Y al darse cuenta de que las cosas podían interpretarse como no eran y de que el propio Talbot podía interpretarlas así, gritó, mirando al cantante:

—¡No es tío, Lou! ¡No! Es a...

Talbot dio muestra entonces de que a pesar de haber dicho que la palabra no era su fuerte, tenía un gran don de gentes y una especial habilidad para remendar situaciones embarazosas.

—Lo sé, preciosa, pero tampoco me habría molestado, porque a ése a quien acabas de llamar «imbécil» lo quieres con locura, ¿verdad? ¿Y qué más felicidad podría yo esperar que una mujer tan bonita como tú me amara aunque, alguna vez que otra, me llamara «imbécil»? ¿Te importa decirme cómo te llamas?

Las mejillas de Joan eran ahora como dos tizones de chimenea estimulados por un atizador en busca de mayor intensidad.

Con apenas un tímido hilo de voz, respondió:

—Joan...

Curtis Monroe asistía verdaderamente divertido al «número» fuera de programa que acababa de organizar.

—Una cara tan bonita no podía tener un nombre menos bonito, Joan... suena precioso —matizó con elegancia sin igual el cantante. Agregando—: Verás, Joan, si el público me lo permite, que espero que sí, voy a dedicarte a ti mi interpretación de Death, please... Bueno, a ti y a tu acompañante. Y a cambio, espero que los dos me hagáis un pequeño honor.

—¡Dalo por hecho, Lou! —le respondió Curtis.

—Tú y Joan, ¿cómo te llamas, amigo?

—Curtis Monroe...

—¿El de la Boda del Horror?

—El misma.

—¡Perfecto! —exclamó el vocalista—. ¡Señores y señoras, tenemos el espectáculo al completo! Curtis Monroe, artífice del éxito obtenido por Hollywood recientemente y su simpática compañera Joan, van a bailar para todos nosotros... ¡Death, please...! ¡Música, maestro!

La orquesta, que cuando el estallido de Joan se había detenido, la emprendió de nuevo con los primeros compases de Death, please...

—¿Me haces el honor? —Curtis se inclinó versallescamemente extendiendo su diestra hacia Joan.

—¡Te odio!

—Odiándome bailarás mucho mejor. ¡Vamos, prenda! La gente arde en deseos de vemos.

Llegaron a la pista y se enlazaron, cenefados por algunos aplausos, justo en el momento que Lou Talbot dejaba oír su voz poderosa, dúctil, rica en matices, modulando suavemente:

*Al aparecer en ella, tú...
Me enteré de que mi vida
había estado vacía,
triste, sola y aburrida...*

—No te perdonaré que me hayas humillado de esta manera —susurró Joan mientras danzaban ante la complacencia general, siguiendo perfectamente el ritmo que imponía la orquesta.

—De desagradecidas como tú, el mundo está lleno... ¿Sabes que gracias a mi enfado Lou Talbot se ha fijado en ti? ¿Y qué piensas que darían todas las «carrozas» enjoyadas y emperifolladas que hay en este local, y las que no están, por que Lou Talbot les dijera la de cosas que te ha dicho a ti?

—Todo eso no quita que sienta unos enormes deseos de sacarte los ojos, Curtis.

—Cuando estemos en la cama te dejaré que me saques lo que quieras, ¿eh?

—¡Sinvergüenza! ¡Golfo!

—¡Calla, muchacha, calla! Conseguirás que te oigan mejor a ti que a Lou.

—¡Brrrrrr...!

*Tú me hablaste del amor
y me enseñaste a querer,
si te llego a defraudar
death, please... death please...^[2]*

—¿Te has dado cuenta de que guardo la distancia? Para que la gente sepa que te respeto... y para que Talbot no sienta remordimientos de conciencia si quiere rellenar el formulario de proposiciones deshonestas y presentártelo.

—Apriétame... —le respondió Joan mirándole con ojos cálidos de hembra sumisa y enamorada—, estrújame contra ti. No me importa que la selecta esté mirando y que lo vea Lou también. Sólo te amo a ti, sólo te deseo a ti, sólo quiero ser tuya, sólo aceptaré cuestionarios deshonestos si vienen firmados por ti... ¿Qué esperas? ¡Estrújame!

—Con sumo placer, señorita.

—El mismo que yo siento, canalla.

En efecto, Joan sentíase realizada al notarse férreamente encarcelada entre los musculosos brazos del detective, chocando con todo el ardor de sus pechos altivos y bélicos que parecían misiles de largo alcance plenos de seductora destrucción, contra el tórax poderoso de aquel moreno y moderno tarzán.

Lou Talbot, con mejor predisposición que nunca, quizá incluso con un ánimo superior de lucimiento en busca del éxito apoteósico, desgranaba en el colmo de la perfección:

*Si tu generosidad,
entrega, amor y cariño,
pago con traición.*

DEATH, PLEASE... ¡DEATH, PLEASE...!

Sucedió entonces.

En aquel preciso momento.

Estalló, sí.

El primer fogonazo de la fragorosa y cerrada descarga que pondría broche de tragedia, de horror, pánico y confusión, a la velada que había comenzado bajo los mejores auspicios, al bálsamo reparador de recuerdos, evocaciones y nostalgias, que Casablanca *Show's* ofrecía a sus asiduos.

Sucedió, sí.

Que el hombre que se encontraba solo en uno de los veladores más cercano, se levantó lo mismo que si un resorte le hubiera

impulsado veloz, brutalmente hacia arriba, bramando:

—¡PIDE LA MUERTE! ¡LA MUERTE! ¿LO HABEIS OIDO?

Quienes estaban situados a la derecha del estafalario y enloquecedor protagonista de aquellos últimos instantes, pudieron percatarse de que empuñaba... una enorme y pavonada automática provista con tubo silenciador.

Volvió a gritar.

—¡PIDE LA MUERTE! ¡TENGO QUE MATARLO!

La gente estaba atónita, consternada.

Sin acertar a moverse. Sin saber qué hacer.

La estupefacción era absoluta y general.

Incluso Curtis Monroe había quedado incurso en aquella atmósfera de estupor. Preso en la sórdida y expectante telaraña de inmovilidad que había envuelto, de repente, a cuantos se encontraban en el local.

La orquesta había enmudecido.

Lou Talbot, micrófono en mano, silencioso, tenso, rígido como si acabasen de clavarlo en la pista, contemplaba con un atisbo hipnótico la figura de aquel perturbado.

—¡TENGO QUE MATARLO!

Y estalló, desde luego.

El corcho de una botella de champaña abandonando presuroso, explosivo, el gollete de la misma.

Al instante se destapó otra botella.

Y una tercera.

Los tres corchos, sucesivamente, se estrellaron en el pecho del absorto y estático cantante tiñendo, de pronto, el blanco de su impecable camisa con pinceladas tan rojas como la grana.

La gente comprendió entonces que nadie había destapado botellas espumosas.

Que aquel color rojo no eran burbujas de alegría... que eran, sí, espirales de tragedia, de muerte.

Los gritos femeninos se entremezclaron hasta componer un techo de barahúnda y excitación.

Hubo desmayos, claro.

Imprecaciones masculinas también.

Curtis Monroe, que había reaccionado tardíamente, por desgracia, buscando precipitarse contra Talbot para desplazarle de

la línea de tiro del asesino, consciente de su frustración, se lanzó como una exhalación hacia aquél.

Tarde también.

Porque el homicida, más exasperado que antes, con una conmoción brutal pintada en su rostro crispado, aullaba:

—¡LA MUERTE PIDE MUERTE... EL ASESINO HA DE SER ASESINADO!
¡MATAR ES MORIR...!

Y diciendo esto se llevó el cañón de su pistola a la sien y apretó el gatillo.

¡PLOC!

El taponazo.

Durante unos segundos, fugaces, casi inadvertidos, el asesino de Lou Talbot, el maníaco que acababa de escribir la palabra fin con dramáticas letras de sangre a un episodio alegre de la vida que apenas si había empezado y que corría firme y veloz en busca del éxito y la fama. Durante unos segundos solo, breves, se mantuvo erecto, rígido, con una inmovilidad y erectud que parecían forzadas.

Luego se vino abajo.

Como un plomo.

Volcándose con seco impacto encima de la mesa y cayendo con ella a tierra, sobre los inicios de la rampa, con tal voluptuosidad que muchos creerían durante mucho tiempo tener metido en sus oídos aquel estrépito que, en verdad, no había sido tan brutal como pretendían.

—¡Hay que llamar a la policía! —dijo uno de tradicional.

Roy Bergen, hundido, anonadado, como muerto en vida e incapaz de coordinar una sola acción lógica, una palabra coherente, escuchó sin oírle cómo uno de sus empleados, haciéndose eco de la anterior exclamación, preguntaba:

—¿Avisamos a la policía señor?

Curtis, que acababa de llegar junto al propietario, viéndole tan hierático y sombrío tan silencioso, tan incapaz de articular un registro, dijo:

—Sí. Avise a la policía.

CAPÍTULO II

Duncan Forrester, de Homicidios, y sus boy's pusieron patas arriba el Casablanca *Show's*.

Con su efectividad, entre comillas, de costumbre.

Preguntas a unos y otros. Las mismas preguntas a uno que a otros. Y respuestas que nada aclaraban por la sencilla razón de que nada podían aclarar.

Se recordó a los interrogados —personal y clientela— que debían pasar por el Precinto el día siguiente para firmar sus respectivas declaraciones.

Dos cosas quedaron establecidas sin lugar a la menor duda; primera: que el cantante Lou Talbot había sido asesinado ante el asombro y estupor de los clientes de Casablanca *Show's*. Y segunda: que el homicida, según los documentos que portaba encima, se llamaba Glenn Spokane.

El dueño del local se encontraba en su despacho, abatido, desolado, sin acertar a explicarse cómo había podido ocurrir aquello.

—Curtis... —susurró tras un prolongado lapso de silencio.

—¿Sí, Roy?

—Quiero que te hagas cargo de la investigación desde la vertiente privada.

—Dalo por hecho, Roy —asintió el detective. Añadiendo—: Y créeme que como amigo tuyo lo lamento enormemente. Y lamento también no haber obrado con mayor celeridad para impedirlo.

—¿Cómo íbamos a esperar algo semejante, Curtis?

—Sí...

—Pero quiero que dejes a salvo mi nombre y el del local. Sé que

lo sucedido irá en detrimento de la asistencia... ¡ahora que había conseguido levantar esto!

—Tranquilo, Roy. Me pondré a trabajar inmediatamente.

—Confío en ti, amigo.

Joan Shearer estaba recostada en el diván situado contra una de las paredes de la estancia sin intervenir para nada en la conversación. No tenía nada que decir y por otra parte tampoco sabía qué decir.

En aquel instante se abrió con cierta brusquedad la puerta del despacho para franquear la entrada del sargento Forrester.

Hizo acto de presencia con aire de superioridad y en plan poli.

—¡Vaya! As que el famoso detective Monroe también andaba por aquí. Bueno... no sé exactamente si es usted investigador o artista de cine.

Curtis lo envolvió en una mirada despectiva.

—Lo que usted me consienta o deje de consentir me importa una mierda, Forrester. Y procure comportarse con más coherencia y mayor dignidad si no quiere que tenga un cambio de impresiones al respecto con el comisionado Duncan Forrester, un tipo alto y delgado de talante agresivo, hizo por dominarse, preguntando:

—¿Es una amenaza, Monroe?

—Puede tomarlo como mejor le parezca. Pero no olvide que los tiempos de la reverencia a la placa policial pasaron a la historia. Esto es una democracia de hecho y de derecho, ¿estamos? Y hablando de todo, ¿ha averiguado algo?

—¿Debo entender que me está pidiendo información?

Curtis lo miró de pies a cabeza.

—Es usted un zoquete, Forrester.

—¡Pare el carro, Monroe! ¿Por qué tenemos que ser forzosamente enemigos?

—Respóndase usted mismo a la pregunta.

El sargento Forrester forzó una sonrisa de reconciliación.

—Todo lo que sé es que ese tipo se llamaba Glenn Spokane y que maldita la relación que podía tener con Lou Talbot.

—¿Por...?

—Llevaba en uno de los bolsillos del saco una boleta del albergue municipal del Bronx. Estaba pernoctando allí. Se trata de un indigente, de un trashumante.

—No vestía como tal —apuntó Curtis.

—Eso es lo que me ha sorprendido a mi. Aunque tampoco es de extrañar, ¿sabe? Esta clase de individuos recorren las tiendas y los grandes almacenes y a veces les regalan ropa que está en buen uso con alguna pequeña tara.

—Aceptable deducción, sargento.

—¿Y ésa quién es? —Forresterladeó la cabeza para señalar a la chica que se hallaba recostada en el sofá.

Los ojos negros de Curtis Monroe chispearon. Dijo, con muy mala leche:

—Ésa... señorita,

SE-ÑO-RI-TA,

se llama Joan Shearer y ha venido al Casablanca *Show's* acompañándome a mí.

El policía se puso pálido.

Sólo acertó a murmurar:

—¡Ah...! Perdón. Yo... Señor Bergen —se encaró ahora con el propietario—, ¿tiene algo que añadir a lo que hemos hablado?

—Nada. Como no sea el hecho de que acabo de convertirme en cliente del señor Monroe, a quien he encargado la investigación privada de los hechos.

—¿Podemos estar en contacto, no Monroe? —Fe preguntó al investigador.

Y Curtis, sin excesiva emoción, dijo escueto:

—Podemos... —Luego miró con una suave sonrisa a la chica, apuntando—: ¿Nos vamos, Joan?

—Cuando tú lo digas, Curtis.

Duncan Forrester observó con envidia la elegante y bien formada figura de la mujer al ponerse en pie. Su clase y belleza tuvieron fuerte impacto en la mirada del policía.

—Te telefonearé mañana en cuanto tenga algo que decirte, Roy.

—Gracias, Curtis.

—Adiós...

—Adiós, Roy —musitó, cariñosa, Joan.

—¡Adiós, pareja! —exclamó el dueño del Casablanca *Show's* sin salir de su abatimiento.

Media hora después el detective y Joan llegaban al domicilio de ésta que se ubicaba en un modernísimo edificio de apartamentos

señalado con el número 1117 de Hylan Boulevard, Staten Island, frente a Great Kills Harbor.

Joan tenía su casa amueblada con sencillez pero a todo confort.

Curtis se dejó caer en un cómodo puf de peluche rojo que estaba en un ángulo del *living*.

—¿Quieres que te sirva algo antes de cambiarme?

—*Whisky*.

—¿Seco o con agua?

—A tu estilo, prenda.

Le preparó uno de doble y seco en un vaso de cristal tallado.

Tomando el recipiente en su mano y tras echar un sorbo a la garganta, comentó él:

—Ponte lo más provocativa que puedas, preciosa. Lo necesito.

Como un par de minutos después Joan estaba frente a él. Una suave y negra braguita era cuanto llevaba por indumentaria dejando al descubierto toda la tersura de su cuerpo cálido y la firme lozanía de sus pechos.

Sentado como estaba, Curtis estiró los brazos para ceñir la fugaz cintura de la hembra y la atrajo hacia sí para cubrir de suaves besos su terso vientre.

Luego, con tacto exquisito, acarició aquellos pecho lúbricos notando cómo ella se estremecía fuertemente al compás de sus mimes excitantes.

—¿Por qué crees que esa desconocida ha matado a Lou?

—Ni idea. ¿Por qué tienes tú estos senos tan maravillosos?

—Para que tú los beses, amor.

Eso hizo el detective, dedicando un cuidado especial a los pezones.

—Curtis, Curtis... aunque las mejillas se me tiñan de rojez tendré que pedirte con urgencia que hagamos el amor.

—Hagámoslo, muñeca.

—Llévame en brazos a la cama.

—Eso es capricho de mujer casada, ¿no?

—Capricho de mujer... simplemente.

—¿Te importa esperar unos minutos? —le sonrió él. Añadiendo —: He de telefonar a Ed.

—¿A estas horas?

—Quiero que se ponga a trabajar en el asunto lo antes posible.

—Esperaré, amor.

Curtis Monroe se fue a la mesa en que descansaba el teléfono. Y descolgándolo, señaló un número en el dial.

Ed Ford, la persona a quien llamaba, era el ayudante único, personal y directo de Monroe. Un tipo muy eficiente el tal Ed, que lo mismo servía para un fregado que para un barrido. Como en el chiste, lo mismo planchaba un huevo que freía una corbata.

Era hábil para obtener información, resultaba un excelente fotógrafo, tenía contactos en varias dependencias oficiales, conocía un montón de confidentes y chivatos, les caía bien a las prostitutas y a los «camellos» (vendedores ambulantes de droga), sabía seguir a una persona sin que ésta se enterara, etc., etc...

—Un Ed Ford dormido pregunta por el nombre del sujeto que se atreve a tocarle los cojones a estas horas —respondió desabrida y groseramente al otro lado, tras descolgar.

—Eres un guarro por muy temprano que te acuestes.

—¡Curtis! ¿Sabes qué hora es?

—Las doce p. m. y veinticinco minutos.

—¿Y qué te duele a las doce p. m. y veinticinco minutos?

—¿Quieres que te cuente una película, Ed?

—Si es divertida...

Le contó la película que habían «echado» en el Casablanca Show's.

—¿Y qué quieres que haga ahora?

—Que saques el culo de la cama y te des una vuelta por el albergue municipal del Bronx para obtener datos posibles sobre un indigente llamado Glenn Spokane que pernoctaba allí. ¿Okay?

—Okay...

—Quiero que me despiertes mañana por la mañana a las ocho en punto con un montón de noticias, ¿hace?

—¿Apartamento de Joan?, ¡supongo...! —inquirió, mordaz, el que hablaba desde la otra punta del cable.

—Supones bien —y Curtis colgó.

Fue adonde estaba ella, inquirendo:

—¿Me habías dicho que quería hacer el amor...?

—¿Tú no?

—Me muero de ganas, bonita.

La llevó en brazos hasta la cama y lo primero que hizo fue

despojarla de aquella menuda y sugerente braguita.
Después...

CAPÍTULO III

Reinaba una tupida oscuridad.

Una densa oscuridad.

Impenetrable oscuridad.

Que fue taladrada, de repente, por un haz de luz cónico, brillante, que se hacinó con caudal hiriente contra aquella parte rectangular de la pared frontera donde se encontraban los relojes.

Dos.

Dos relojes de pared cuyas esferas superiores con números y agujas, cubiertas con cristal, resultaban minúsculas, apenas visibles, por su extraña miniaturización. Los péndulos eran dos barras de metal estrechas y muy largas, largas, larguísimas, culminando en dos grandes, enormes circunferencias de dorado metal.

Relucientes circunferencias.

Cegadoras circunferencias.

Mas ahora, posiblemente, al recibir de lleno la descarga de luz viva, que bañaba a ambas circunferencias arrancándoles estridentes y agresivos destellos.

Se movían ellas, las circunferencias, cautelosas, lentas, de un extremo a otro.

Tic-tac,

tic-tac,

tic-tac...

Seguidas por el cono lumínico.

—Howard... —susurró de pronto una voz penetrando en el silencio como un agudo y perforante berbiquí.

Y otra vez, neutra ésta, romo amorfa, preguntó sin matiz, vacía, carente de expresividad:

—¿Qué?

—¿Ves las brillantes circunferencias?

—Sí...

—Oyes el

tic-tac,

¿verdad?

—Oigo el

tic-tac...

—Detrás de las esferas, del

tic-tac,

está ella... una pausa y la primera voz, de cálido matiz hipnótico, susurrante y sugerente, insinuante y convincente, significó con remarcado y extraño énfasis: —ELLA.

Un silencio, y:

—Ella, está ella. Pero... no la veo.

—La verás, Howard, la verás.

Otro silencio.

El que alguien invirtió en accionar los mandos de un proyector para que la imagen saliese disparada brutalmente hasta cobrar vida en la pantalla que se abría tras los péndulos colgantes de gigantescas esferas.

Se trataba de una mujer muy hermosa, rubia como el oro, de largos y sedosos cabellos que caían encima de sus hombros desnudos, con un rostro pleno de gracia y picardía en el que deslizaban su luz propia de estrellas singulares un par de ojazos tan azules como un cielo límpido de verano.

Era... ELLA.

—Es Cocó Davis, Howard. ¿La ves ahora?

—Sí...

—¿Y ves los péndulos oscilar delante de su cuerpo escultural, de su cuerpo figura del pecado, de su cuerpo pecaminoso que invita a la aberración y la lujuria?

—Sí...

—Son los péndulos de su sentencia, los péndulos que han de abortar su impúdica existencia. Porque ella, ahora, va a cantar... y consciente de su maldad lúbrica pedirá la muerte. Su muerte, y tú Howard Rose, en su momento, serás el péndulo de la pureza y la castidad... serás el péndulo ejecutor. ¿Lo entiendes, Howard?

—Sí...

—¿Qué serás tú, Howard?

—El péndulo ejecutor.

Tic-tac,
tic-tac,
tic-tac,
tic-tac,
tic-tac...

seguían los relojes en su monótono avanzar.

—¿Cuándo, Howard?

—Cuando ella pida la muerte.

—Ahora, pronto la oirás pedirla, Howard. Quiere purgar el crimen de su lascivia, ansia ser de nuevo pura y sabe que esa pureza sólo puede encontrarla en el tránsito, en la muerte. Ahora lo pedirá, Howard... ahora.

La imagen que estaba en la pantalla cobró de pronto movilidad. Una movilidad lúbrica, ondulante, sinuosa, llena de promesas e insinuaciones, mientras sus labios parecían quejarse, susurrando:

*Al aparecer en ella, tú...
Me entere de que mi vida
había estado vacía.
Triste, sola y aburrida.*

—Tú aparecerás, Howard.

—Yo... apareceré.

—ELLA es malvada. Es el íncubo del pecado, de la lujuria. ELLA, te defraudará...

*Tú me hablaste del amor,
y se enseñaste a querer,
si llego a defraudar
death, please... death, please...*

—Ella me defraudará, sí.

Tic-tac,
tic-tac,

tic-tac,
tic-tac...
proseguía latiendo aburridamente el corazón de ambos relojes.

*Si tu generosidad,
entrega, amor y cariño,
pago con traición.
DEATH, PLEASE... ¡DEATH, PLEASE...!*

—¿Lo oyes, Howard? Te ha defraudado, Howard. Te ha defraudado a ti... ¡Y POR ESO PIDE LA MUERTE!

—¡PIDE LA MUERTE! —repitió aquella voz impersonal, monótona, ausente y lejana, ajena en matices como ajeno estaba su cerebro al pensamiento propio, cautivo, capturado por una mente, pérfida de superiores poderes, que los utilizaba para programarle en el mal.

En la muerte.

En el... crimen.

Y de nuevo se escuchó, casi con estridencia ahora, distorsionando, excitando, el registro vocal de Cocó Davis, desgranando con patético desgarró.

*Si tu generosidad,
entrega, amor y cariño,
pago con la traición.
DEATH, PLEASE... ¡DEATH PLEASE...!*

—¡Howard! ¿La has oído? ¿Pide la muerte?

—¡PIDE LA MUERTE! —se desesperó entre convulsiones que hicieron asomar en las comisuras de sus labios blanquecina espuma, quien se llamaba Howard Ross—. ¡TENGO QUE MATARLA!

Y al instante se registró una rápida conmoción en la parte de la estancia que continuaba sumida en las más intensas e impenetrables tinieblas.

Luego sonaron dos disparos.

TRES.

Los péndulos se inmovilizaron.

Para que pudiera escucharse con la máxima nitidez, como si de un cañonazo se tratara, la cuarta detonación.

¡BANG!

Fragmentándose, rompiendo en trozos, la figura armoniosa y sensual de Cocó Davis.

Sangre...

Había sangre deslizándose, pringosa, rojiza, siseante como un ofidio, por entre los restos de la pantalla.

Por encima de los residuos camales de Cocó Davis.

—Howard... ¡la has matado!

—Si, la he matado. Porque tenía que castigar su impúdica lujuria. Porque ella pedía la muerte. Porque tenía que ser el péndulo ejecutor...

—¿Y qué pide la muerte, Howard?

—MUERTE...

—Claro, Howard, claro, MUERTE... ¿Y qué hay que hacer con el asesino?

—Matarla.

—¿Por qué, Howard, por qué?

—¡PORQUE LA MUERTE PIDE MUERTE! —estalló, rota, desgarrada ahora la voz de Howard Ross. Bramando con vapores de hipnótica alienación—: ¡EL ASESINO HA DE SER ASESINADO! ¡MATAR ES MORIR...!

Silencio.

Se apagó el círculo de luz brillante que había alumbrado los relojes de pared.

Oscuridad total.

Silencio absoluto.

Y de repente, como un escalofrío irreal, perceptible, la voz cálida de sutil inflexión, rica en matices, filtrándose por entre la oscuridad y el silencio para llegar hasta la mente cautiva de Howard Ross, preguntando:

—¿Y qué pide la muerte, Howard?

Impasse primero.

Y después, reverberando como un aullido de agónico eco:

—¡MUERTEEEEEEEEE!

Cocó Davis, sus enormes ojazos azules, su largo cabello rubio, su cuerpo de venus escultural y el sensacional desnudo que se montaba en su excitante número de *strip-tease*, eran garantía de éxito.

Y garantía de que el Thermos se llenara a tope noche tras noche, de un éxito público en su mayor parte masculino que anhelaba, ferviente, ver a pelo a la impresionante walkyria de fuego.

Se contaba la anécdota de que recientemente, un conocido y acaudalado neoyorkino, le había ofrecido diez mil dólares a Cocó porque se desnudara para él en privado.

Y quince mil si accedía a ser suya... o como mínimo le permitía acariciar sus pechos y jugar con el vello de su más preciada intimidad.

Y se decía que Cocó había renunciado.

Otros lo ponían en tela de juicio, asegurando que veinticinco mil eran mucha pasta para que una mujer hecha al mundo del espectáculo y a toda la clase de frivolidades que éste comportaba, dijera que no... cuando le bastaba para embolsárselos atender las chocherías de su viejo millonario seguramente impotente.

Habladurías...

Lo que era cierto era que Cocó llenaba a rebosar cada noche el Thermos, por lo cual le había exigido al propietario un porcentaje de la recaudación.

Kyle Donovan, que pese a ser un gitano nada tenía de tonto, aceptó las condiciones ante la amenaza de Cocó de pasarse a la competencia. Y en Broadway había excesiva competencia ansiosa de hacerse con los servicios y las virtudes físicas de la excitante streap-teaser.

A lo mejor por eso Cocó podía permitirse el lujo de rechazar 25 de los grandes y decir que «no» a las pretensiones de un viejo chocho, impotente «funcionante».

Y es que además Cocó, por si sus encantos de carne no fueran suficientes, cantaba y los hacía bien.

Cantaba mientras se desnudaba.

Como ahora, en su último pase en la pista del Thermos, que se iniciaba cada noche a la 1.15 de la madrugada.

Los tíos contenían la respiración y contemplaban con ojos brillantes de libídine, desorbitados como buscando comerse con las pupilas determinadas partes de aquel cuerpo de fuego, el

evolucionar ondulante, pleno de insinuaciones y promesas que jamás llegarían a cumplirse, mientras se desnudaba acompañándose con su voz ardiente y cadenciosa con la letra del éxito del verano.

*Tú me hablaste del amor
y me enseñaste a querer,
si te llevo a defraudar
death, please... death, please...*

Uno comentó:

—¡A mi no me defraudarás nunca, Cocó! Te juro que pagaría porque sólo me dejaras encender los pitillos que te fumas.

La rubia miró al tipo haciéndole un guiño de picardía y entre varios tuvieron que sujetarlo para que, no subiera a la pista a abrazarse en el ya casi desnudo cuerpo de la hembra.

Se podían oír con nitidez los suspiros y jadeos de muchos de los concurrentes a quienes la imaginación y la fantasía les jugaban malas pasadas haciéndoles creer que estaba con Cocó de aquella manera que acababa haciéndoles suspirar, jadear y a veces hasta gritar.

Cuando se percataban del espejismo la desilusión era máxima y entonces se concentraban mirando con ojos obsesivos el cuerpo ya desnudo de Cocó, pasándose la lengua por encima de los labios.

Ella, ahora, con las piernas dobladas hacia delante y las rodillas separadas se agitaba como una coctelera rezumando su piel sudorosa y brillante el elixir del deseo.

Terminando ya, también la melodía:

*Si tu generosidad,
entrega, amor y cariño,
pago con la traición.
DEATH, PLEASE... ¡DEATH, PLEASE...!*

El personal comenzó a partirse las manos aplaudiendo. Y como la mayoría estaban de pie... ¿qué importancia podía tener que Howard Ross también se hubiera levantado?

Lo que ya no resultaba lógico es que gritara, como un poseído, alzándose el eco agónico de su voz por encima de aplausos, gritos y vitorees, con estos términos:

—¿HAS PEDIDO LA MUERTE?, ¡COCO! ¡LA MUERTE! ¡Y SOY EL PENDULO EJECUTOR!

—Ese tío está como una cabra —comentó uno—. ¡Seguro que en su puta vida había visto una tía tan buena como Cocó en pelotas!

—¡PIDE LA MUERTE! ¡LA MUERTE! ¿LO HABEIS OIDO?

—Pero por qué no echan a la calle al gilipollas ese, ¿eh? —terció otro, evidentemente molesto.

Mientras Howard Ross, hirviendo en su propia excitación que nada tenía que ver con el *strip-tease* de Cocó, seguía aullando con rostro de expresividad apopléjica:

—¡SOY EL PENDULO EJECUTOR! ¡TENGO QUE MATARLA!

—¡Que se vaya a la mierda ese borracho! —se desesperó un tercero.

Howard Ross había alzado la mano que empuñaba firmemente el arma cuyo cañón estaba apuntando entre los senos de la extraordinaria rubia que prodigaba inclinaciones a sus fans.

—¡Ese loco tiene una pistola! —gritó alguien.

Todos quisieron hacer algo para evitarlo pero nadie llegó a tiempo de impedir lo irremediable.

Lo brutal.

Lo trágico.

Howard apretó un par de veces el gatillo.

Y otra tercera.

Cocó Davis dejó de sonreír y hacer reverencias para ponerse muy seria de pronto, muy patética, crispadas sus facciones, y salir despedida violentamente hacia atrás con dos espitas ente sus senos escupiendo rojizos caños de sangre.

Ella que había hecho del *strip-tease* un arte inigualable dotándolo de una gracia y clase excepcionales, que siempre había rehuido las poses groseras y las provocaciones obscenas, quedó despatarrada encima del escenario en lúbrica postura.

El canal sangriento que salía a borbotones de los agujeros abiertos por los disparos, inundó su vientre y sexo de líquido rojizo.

Era aquél un cuadro ofensivo, demencial.

Un menda exhibiendo la hoja reluciente azul de una navaja

italiana, berreó:

—¡Por mi vieja que lo «pincho»!

Y se fue hacia Howard, codeando entre los que sin querer obstaculizaban su avance, mientras aquél bramaba:

—¡LA MUERTE PIDE MUERTE... EL ASESINO HA DE SER ASESINADO!
¡MATAR ES MORIR...!

Y tras la exclamación, empotrando en su sien derecha el cañón del arma le dio al gatillo.

Cuando caía consiguió llegar a su lado el fulano de la navaja que, sin percatarse del inesperado suicidio, le metió el acero varias veces en la barriga.

—¡Duro con él, Pinkter! —le animó un amigo suyo.

—Pierdes el tiempo —fe advirtió otro—. Ya estaba muerto cuando lo has «pinchado».

Pero Pinkter, sin oído, o si quererle oír, seguía ensañándose con el cadáver de Ross, que escupía chorros de sangre con inusitada fuerza salpicando al pseudoasesino que farfullaba:

—¡Criminal de mierda! ¡Toma acero, canalla! ¡Maldito hijo de puta!

Alguien estaba telefoneando en aquel momento a la policía.

Y Kyle Donovan, propietario del Thermos, con un rictus desolado en su faz y ambas manos en la cabeza, ascendía al escenario en compañía de varios empleados del local.

Cayó de rodillas junto al cadáver de Cocó, musitando:

—¡Dios mío, qué tragedia! ¡Dios mío! ¿Por qué...? ¿Qué había hecho esta pobre chica para tener un final tan horrible?

Afuera, en la calle, ululaban cerca de la entrada del *night-club*, acercándose, las sirenas de varios coches radiopatrullas.

Mientras Kyle Donovan seguía desesperándose:

—¡Cocó, Cocó... muchacha! ¿Por qué?

Era una buena pregunta: ¿POR QUE?

CAPÍTULO IV

A Curtis Monroe le sorprendió el sueño con la cabeza reclinada sobre los tibios senos de Joan.

Excelente y sutil almohada para conciliarlo.

Pero a pesar del mullido y tierno entorno que recogía su cabeza de negros cabellos, el detective se despertó de pronto, con cierto sobresalto, bastante antes de que el reloj señalara las ocho de la mañana, hora en que su colaborador Ed Ford debía hacerle un resumen de las averiguaciones que hubiese efectuado.

Y es que Monroe, pese a haberse entregado con fe sin límites a gozar de la sin igual pasión que ofrecía el cuerpo exuberante y túrgido de la hermosa hembra, no había podido concentrarse del todo en ella porque en el subconsciente tenía muy presentes los sucesos acaecidos en Casablanca *Show's*.

No era coherente ni lógico que un desheredado de la fortuna, un marginado de la sociedad que andaba dando tumbos por la vida sin horizonte ni fronteras, se plantase de pronto en un club nocturno para balear a un cantante y suicidarse seguidamente.

Absurdo.

Curtis, procurando no despertar a Joan, salió del lecho, se puso los calzoncillos pasando después al cuarto de aseo y por último a la cocina para prepararse una taza de humeante y cargado café.

Con ella en la diestra se fue al *living* tomando asiento en la butaquita adyacente a la mesa del teléfono.

Pensando.

Y esperando la llamada de su amigo y colaborador Ford, mientras consumía la negra infusión en tímidos sorbos.

Cuando el teléfono arreó el primer timbrazo, sobre las ocho menos cuarto de la mañana, Curtis estaba tan absorto en sus

meditaciones que pegó, sobresaltado, un respingo.

Tiró del auricular arriba, inquiriendo:

—¿Ed...?

—¿Quién si no a estas horas?

—¿Dónde estás?

—En un *drugstore* del Queens donde sirven un café de puta madre.

—Toma el subway y espérame en Queens Village.

—O. K. Y date prisa porque tengo noticias calentitas, recién salidas del homo, ¿eh?

—Eh. Voy para allá.

Y colgó, yendo luego a la habitación para dejarle una nota manuscrita a Joan encima de la mesilla de noche.

Acabó de vestirse saliendo del apartamento de la joven.

Veinte minutos después se encontraba en el andén sur de Queens Village.

Ed, lógicamente, había llegado antes.

Era un tipo robusto, de mediana estatura, curtidos de piel y con unas facciones grandes y simpáticas que transpiraban aire juvenil.

—¿Aquí? —preguntó el colaborador.

—¿Quieres otro café de esos de puta madre?

—Eso nunca se desprecia, compadre.

Subieron a la superficie para colarse en el primer *snack* que les salió al paso.

—Un par de cafés —le pidió Curtis al camarero cuando se acercó a la mesa donde ellos acababan de tomar asiento. Y mirando a su ayudante, le instó—: Te escucho.

—Spokane, efectivamente —comenzó Ed Ford sin más dilación —, era un mangante de tres al cuarto que vivía a salto de mata, hoy aquí y mañana allá. Comiendo y vistiendo de la mendicidad y algún pequeño hurto. Llevaba un par de meses en York City pernoctando en el albergue municipal del Bronx para indigentes y necesitados. Su más íntimo amigo en el citado albergue, otro «mangui» de tomo y lomo, un tal Terence Lange... oye, Curtis, ¿sabes lo que me ha costado levantar de la cama al mangante a esas horas de la noche?

Monroe hizo un gesto transigente.

—Dímelo.

—¡Cincuenta pavos! Y otros cincuenta conseguir que el

funcionario de servicio hiciera la vista gorda dejándome campar allí dentro por mis respetos. Me debes 100 dólares, Curtis.

—O. K. Pero ahora dime lo que te ha dicho el mangante amigo del homicida.

—Que Glenn Spokane le dijo como hace un par de días que había encontrado un mirlo blanco y que sus problemas y necesidades económicas se habían terminado. Terence le preguntó a su compañero de mangancia: «¿No será una maricona vieja que se ha encaprichado de ti?». Glenn puso el grito en el cielo diciendo que a él no le iban esos rollos. Que no se trataba de ningún homosexual. Terence insistió y Glenn le dijo que tenía que hacer unos trabajos para el mirlo blanco y que él se los pagaría muy bien. «¿Qué clase de trabajos?», quiso saber Terence. Y Spokane le contestó que no podía decirle de que se trataba porque su mecenas aún no le había hablado de la naturaleza de los mismos.

—Estamos como antes, más o menos —murmuró Curtis cuando su amigo concluyó los informes.

—No —matizó Ed Ford. Añadiendo con remarcado énfasis—: No... Estamos peor que antes.

—No te entiendo, Ed.

Llegó el camarero con los dos cafés depositándolos encima de la mesa.

—¿Desean algo más los señores?

—No. Gracias —le dijo Monroe.

Ford sorbió un traguito de café, anunciando:

—Me explico, pesquisa cinematográfica. Esta madrugada, en el conocido *night-club* de Broadway, Thermos, ha sido asesinada Divina Cócó, la streap-teaser con más gancho del momento...

—¿Cócó Davis?

—Yes.

—¿Y...?

Ed Ford, antes de contestar, miró con penetrante fijeza a los ojos de su amigo.

—Mientras cantaba el éxito de este estío, mientras cantaba... «Death, please... death, please». ¿Te inspira algo eso?

Monroe se quedó en silencio. Luego dijo:

—Así que se trata de la canción, ¿eh? ¿Quién lo hizo?

—Un tal Howard Ross. Aquí lo cuenta todo... —Golpeó el

ejemplar de un periódico que llevaba con él y que al sentarse había puesto sobre la mesa. Añadiendo—: New York Times explica lo sucedido con pelos y señales en esta edición especial que adiciona a su matutino de costumbre. También se habla con detalle del crimen de Casablanca *Show's* y se menciona tu presencia en el lugar.

—Muy halagador —comentó con aire de ausencia el detective. Repitiendo una frase que había pronunciado con anterioridad—: Así que se trata de la canción, ¿eh?

—Si —cabeceó Ed, metiéndose el resto del café entre pecho y espalda. Diciendo luego—: Y como mi noche en vela ha sido una noche muy productiva en informes, ¡aprovechado y hábil que es, uno!, tengo noticias a este respecto que te van a dejar de piedra.

—¿Respecto a qué?

—A la canción, tío.

—¡Basta ya de enigmas, Ed! ¿Quieres hablar claro?

—En esta edición especial del New York Times —volvió a golpear el doblado periódico— se publican las sorprendentes declaraciones de Martin Crawson, director comercial de la MusicPhono New el cual...

Curtis casi pegó un brinco en la silla al recordar que la noche pasada, Roy Bergen le había hablado de aquella nueva firma discográfica que acababa, ahora, de mencionar Ed.

—¿Ocurre algo? —inquirió éste.

—¿Cómo has dicho que se llama esa firma?

—MusicPhono New, ¿la conoces?

—De oídas. Discos, ¿no?

—Sí. Pero espera y verás, espera... Crawson confiesa que la empresa que dirigió se apropió indebidamente de la partitura de Death, please... death, please... remitida por un tal Kent Lakewood en respuesta al anuncio inserto en varios diarios y publicaciones por la MusicPhono New en la que solicitaban música de niveles o de aficionados con estilo y ganas. Lakewood remitió la música de lo que luego se ha convertido en el *boom* del verano y Martin Crawson admite la apropiación indebida de la partitura, tras decirle a Lakewood que su composición no era lo que ellos querían, justificando el hecho por amor de las dificultades económicas de la empresa la cual, al parecer, se lanzó a la aventura de editar discos sin un puñetero dólar en el bolsillo.

—No acabo de conectar este rollo con los crímenes, Ed.

—En cuanto te comenté el resto de las declaraciones de Martin Crawson lo vas a tener diáfano. Añade el director comercial de la MusicPhono New que Lakewood le llamó por teléfono cuando el disco apareció en la calle, llamándole ladrón y algunas cosas más gruesas pero, asegurando con acento siniestro que su venganza haría estremecer al país entero. Crawson asegura que no le dio mayor importancia al asunto entendiendo eso así la indignación de Kent Lakewood aunque ellos, más adelante y cuando el apartado económico de la empresa funcionara, estaban dispuestos a recompensarle en metálico por los quebrantos causados. Pero la amenaza le dejó indiferente... Indiferente hasta que se ha enterado de los asesinatos de Lou Talbot y Cocó Davis.

—¿Cree el tal Crawson que está la mano de Lakewood en ambos crímenes?

—No es que lo crea —repuso Ford—, es que lo asegura firmemente. Dice que lo sucedido es un montaje criminal ideado por Kent Lakewood para sembrar una atmósfera de terror en tomo a Death, please... death, please..., impidiendo que ningún vocalista se atreva a cantarla, arruinando así a su compañía. Y es más, agrega Crawson que él entiende el odio de Lakewood hacia su persona y la firma que él representa, pero que no podía imaginar que su crueldad y retorcimiento llegaran al extremo de obtener sus propósitos y cobrarse sus deudas asesinas a gente inocente y empleando en los crímenes a pobres desgraciados que Dios sabrá cómo ha convencido para intervenir. Insiste una y otra vez en que Lakewood es un loco asesino despiadado, un peligroso perturbado mental, un sádico, al que las autoridades deben poner cuanto antes a buen recaudo. Y eso, Monroe, es cuanto he logrado averiguar con mi sagacidad y la ayuda del New York Times.

—Que no es poco, Ed. Que no es poco. ¿Otro café, muchacho?

—¡Hombre! Ya sabes mi lema, ¿no? Un café nunca se desprecia.

Curtis le hizo una seña gráfica al camarero para que les trajera dos nuevos cafés.

—¿Cuál es tu opinión sobre todo esto, Curtis? —te preguntó su ayudante.

—Verás, Ed... —Se mordió el detective el labio inferior—, resulta absurdo en grado superlativo que un mangante entre en un

local a cargarse un cantante...

—No te olvides del mirlo blanco que dijo haber encontrado Glenn Spokane.

—¿Quieres decir que el mirlo es Kent Lakewood y que convenció a Spokane a cambio de una fuerte suma para que se cargara a Lou Talbot? No, Ed, ni lo sueñes. Los tipos como Glenn Spokane no tienen agallas para eso porque si las tuvieran, no estarían en la indigencia. Pero supongamos por un momento, raí hipótesis, que Glenn reunió ese valor para embolsarse una bonita suma de dólares: Por qué se suicidó después, ¿eh? ¿Por qué no se fue en busca de Lakewood para cobrar la cantidad convenida?

—Sí, claro... —murmuró Ed Ford, confundido—. No tiene sentido.

—Debe tenerlo, pero se nos escapa. Es un tinglado muy complejo, mucho más de lo que nos imaginamos. Además, Ed, ¿a ti te parece lógico que ese tal Lakewood, porque la MusicPhono le ha robado o usurpado los derechos de su partitura tiene que recurrir a un montaje tan melodramático y sangriento?

—No. No es lógico.

—Lo normal —continuó el detective—, hubiera sido que Lakewood, con un monumental cabreo, se hubiese plantado frente a Martin Crawson para partirle la boca y pisarle las pelotas. Pero lo otro, ¡por favor!

—Piensas entonces en un montaje, ¿no?

—Exacto. Con una finalidad muy concreta que se nos escapa por el momento y con un puñado de víctimas propiciatorias entre las que podemos contar ya a Lou Talbot, Glenn Spokane, Cocó Davis, Howard Ross... y muy posiblemente el propio Kent Lakewood, acusado por Crawson de cerebro rector de esos crímenes.

—Por si la necesitabas te he conseguido la dirección de Kent Lakewood.

—¡Perfecto, Ed! ¡Eres un artista! ¿Qué haría yo sin ti?

—Buscarte otro colaborador —sonrió Ford. Y dijo—: Las señas de Lakewood son: 875 de Voorhies Avenue, Sheepshead Bay, en el Brooklyn, muy cerca de Marine Park. ¡Ah, Curtis, una cosa que se me olvidaba!

—¿Y es...?

—Tú eres amigo de Frankie Bannister, ¿no?

—¿Te refieres al de tv, al Bannister del canal v de la Yorkworldvision?

—Sí.

—Somos amigos. ¿Por?

—En su programa del mediodía «Este hombre es noticia», aparecerá hoy Martin Crawson con el que Bannister mantendrá su diálogo habitual. Es un dato a considerar...

—¡Claro que lo es! Ahora mismo voy a llamar a Frankie para que me diga a la hora que ha citado a Crawson. Puede que yo pueda interrogarlo antes de que el programa salga al aire.

Justo en aquel momento se acercaba otra vez el camarero con los dos nuevos cafés.

Curtis le preguntó:

—¿Dónde está el teléfono?

Dio media vuelta el hombre extendiendo el brazo hacia el final, y dijo:

—Al fondo de ese pasillo, después de los servicios, verá usted la cabina.

—Gracias —y le abonó las dos consumiciones.

Monroe se fue hacia el pasillo en busca de la cabina. Dentro de ella señaló un número en el dial esperando a que le contestaran:

—¡Yorkworldvision a su servicio! ¡Buenos das! ¿Con quién desea hablar?

—Póngame con Frankie Bannister, señorita.

—Le paso.

Unos instantes de silencio hasta que un vozarrón recio y agradable al mismo tiempo, exclamó:

—¡Bannister al habla! ¿Quién es?

—Curtis Monroe.

El otro debió alegrarse porque gritó:

—¡Eh, pesquisa! ¿Qué pasa contigo? Si no llego a verte en el cine me habría creído que te había asesinado uno de esos cuatreritos a quienes persigues. ¿Puedo hacer algo por ti, Curtis?

—Puedes, Frankie. Necesito hablar con Martin Crawson antes de que lo saques por los cristales. ¿A qué hora lo tendrás en los estudios?

—Como una hora antes de que salga el programa. Pero recuerda que tiene que pasar por maquillaje... ¡Oye, Curtis! ¿No estarás

investigando el...?

—Estoy investigando el asunto. Y te prometo una sensacional primicia para tu programa si colaboras, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. ¿Quieres que con cualquier excusa haga venir a Crawson con más antelación?

—Quiero.

—Una hora y media antes, ¿vale?

—Vale, Frankie. ¡Hasta luego!

Colgó el auricular regresando a la mesa donde le aguardaba Ed, explicándole la breve conversación que acababa de mantener con el presentador de tv. Preguntándole luego a su colaborador:

—¿A qué hora me has dicho que sale «Este hombre es noticia»?

—No te lo he dicho, pero sale a las dos p. m.

—Tendré que estar en los estudios a las doce treinta, pues.

—¿Qué harás mientras tanto, Curtis?

—¿No te lo imaginas, compañero?

—¿Visitar a Kent Lakewood?

—O. K. Procurando anticiparme a la legión de periodistas y demás chafarderos que después de las escandalosas declaraciones de Martin Crawson irán por él.

—A la policía es a la que tienes que procurar adelantarte. No me extrañaría que...

Curtis se puso en pie de un salto, exclamando:

—¡Tienes más razón que un santo! Ésos se lo tragan todo y son capaces de creerse que Lakewood, efectivamente...

—Tú no crees en la intervención ni en la culpabilidad de Kent Lakewood con respecto a los crímenes de Talbot y Cocó Davis, ¿verdad, Curtid?

—No. Porque no es lógico. Te lo he dicho antes.

—Pienso que tienes mucha razón. ¿Qué hago?

—Averigua todo lo que puedas y más sobre la vida y milagros del señor Martin Crawson.

—O. K. ¿Te llamo al apartamento de Joan?

—No. Hoy no iré por allí porque tengo muchas teclas que tocar. Nos reuniremos a las diez en mi oficina. ¡Ah, si no me encontraras allí vete a casa que yo ya te llamaré! ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¡Suerte!

—Lo mismo digo, fisgón —le sonrió saliendo con presteza del

snack.

Ed Ford le imitó pocos instantes después.

CAPÍTULO V

Kent Lakewood se coló, furioso, por uno de los elevadores cuyo trayecto se iniciaba en el vestíbulo del edificio donde tenía alquilado su apartamento.

Llevaba en las manos, abierto por la mitad, aquel folletín sensacionalista que el New York Times había unido aquella mañana a su edición habitual matutina.

Apretó el pulsador electrónico que correspondía a la planta 17.

Uno de los titulares destacados en el contexto de la entrevista mantenida entre el periodista y Martin Crawson no sólo ofendía las retinas de Kent, sino que lo excitaba hasta el paroxismo.

Era el siguiente:

¡KENT LAKEWOOD ES UN CANALLA!

Ésa es una de las exclamaciones que Crawson ha repetido con frecuencia —matizaba intencionadamente el articulista— cada vez que el nombre de Lakewood ha aparecido, que han sido muchas, en nuestro diálogo. ¡Lakewood es un canalla! De acuerdo que la MusicPhono New ha usurpado a Kent Lakewood los derechos de la partitura musical de Death, please... death, please..., pero ello en modo alguno puede servir de atenuante a la sangrienta maniobra de ese brutal demente que...

Planta 17.

Kent Lakewood salió del ascensor con las mandíbulas tan fuertemente apretadas que le rechinaban los dientes.

Masculló para sí en voz baja.

—¡Maldito Joseph Wilcox! ¡Maldito mil veces! ¡Menudo hijo de perra! El montaje que ha organizado para deshacerse de mí... ¡Juro

que me las pagará! Pero ahora, en principio, debo desaparecer un tiempo de escena. Me han echado la bofia y la opinión pública encima y eso...

Se detuvo frente a la puerta señalada con la letra «J», introduciendo el llavín en la cerradura, para lo cual se inclinó ligeramente.

Entonces una voz que procedía del recodo más próximo del pasillo, bramó:

—¡Lakewood! ¡Alto en nombre de la ley!

Kent se quedó muy tieso y después, de manera instintiva, inició un medio giro.

—¡Quieto! —Volvió a tomar la voz.

—¡Voy...! —empezó Lakewood.

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

Los tres disparos, consecutivos, confundiendo su estruendo en el de uno solo y muy prolongado, atronaron el pasillo hasta hacer vibrar sus paredes.

Kent Lakewood se estiló como si el más mortal de los ofidios acabara de inocularle la totalidad de su veneno. Rebotó en la puerta luego a causa de los impactos y al final se fue adelante cayendo de bruces sobre la moqueta del pasillo.

Alguien, seguramente la persona que había disparado, corrió hacia el lugar donde acababa de caer el cuerpo, volviéndole boca arriba con la puntera de uno de sus zapatos.

El que empuñaba en la diestra un humeante revólver, tras asegurarse de que Kent Lakewood estaba definitivamente muerto, se agachó, despacio, encima del cadáver.

Mascullando entre dientes:

—¡Un criminal menos!

* * *

—Son cuatro dólares con veinte, señor —dijo el taxista tras detener el vehículo frente al número 875 de Voorhies Avenue.

Curtis abonó el importe de la carrera saltando a tierra seguidamente.

Avanzó por el vestíbulo echando una ojeada a los buzones hasta descubrir lo que buscaba.

KENT LAKEWOOD. 17-J.

Proa al elevador.

Iba a franquear las puertas automáticas cuando hasta sus oídos llegaron los estruendos.

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

Tres balazos.

Alguien acababa de disparar tres veces.

Y Curtis Monroe tuvo la corazonada de quién había sido el destinatario de aquellos tres proyectiles.

Adentro y pulsando el botón 17.

—¡Vamos, ascensor, vamos! ¡De prisa!

Creyó que pasaba una eternidad antes las puertas no volvieron a abrirse y pudo asomar al enmoquetado corredor, pistola en ristre.

Dobló la inmediata esquina y vio al tipo inclinado sobre el muerto.

—¡Un movimiento y te baleo, elemento! —le conmovió.

—¡Soy policía! —dijo el otro.

—Levántese con las manos por encima de la cabeza y comience a girar muy lentamente.

El que había dicho ser policía hizo lo que le ordenaba el que se encontraba tras él.

Y al reconocerlo, exclamó:

—¡Monroe!

—¡Sargento Forrester! ¿Usted? Porque ha disparado contra Kent Lakewood... porque supongo que el muerto es Lakewood, ¿no?

—Es Lakewood. —Duncan Forrester bajó los brazos. Explicó—: Me disponía a arrestarlo, acababa de darle el alto y se me revolvió con una automática en la mano. Vea... es una *Parabellum*. He tenido suerte al poder anticiparme porque de lo contrario el muerto sería yo. Asunto concluido.

—¿Qué asunto, sargento? —El detective miraba aviesa, desconfiadamente, al de Homicidios.

—Los asesinatos de Lou Talbot y Cocó Davis. Lakewood lo había planeado todo por...

—¿Usted se ha creído lo dicho por Crawson?

—¡Naturalmente! Martin Crawson, luego del asesinato de Cocó y con el precedente del de Talbot ha comprendido la verdad y antes de dirigirse a los medios de difusión se ha puesto en contacto

conmigo para explicarme toda la realidad.

—¿Estaba Crawson en Thermos viendo actuar a Cocó Davis?

—Pienso que no. ¿Por qué?

—¿Quién le ha dicho entonces que habían asesinado a la streap-teaser?

—¡Por qué se empeña en deducciones anticuadas a lo Sherlock Holmes!, ¿Monroe? Crawson sabía de qué iba la cosa y ha hecho lo que era su obligación. Yo he cumplido con la mía intentando detener a Lakewood, éste se ha resistido y...

—Y usted ha matado a un hombre inocente, Forrester. Inocente al menos de los cargos por los que usted pretendía detenerle. Kent Lakewood no ha tenido nada que ver con los asesinatos de Talbot y Cocó. El no financió a los criminales.

—¿Y usted cómo lo sabe, Monroe?

—Por una serie de razonamientos y deducciones que usted no comprendería. Ha obrado muy a la ligera, sargento. Demasiado.

—¿Qué quiere decir, detective?

—Que yo voy a seguir trabajando en esto para establecer la identidad del verdadero responsable. Y es posible que en el curso de mis investigaciones, usted y yo acabemos teniendo problemas. No veo muy clara su actuación aquí, sargento.

—¿Me está acusando de...?

—Yo no he pronunciado la palabra acusación, Forrester. Usted es el que acaba de hacerlo. ¡Adiós!

—¡Eh, Monroe! ¡Espere un momento!

Curtis dio media vuelta echando pasillo abajo hasta desaparecer por el inminente recodo ignorando las exclamaciones del sargento.

Una hipótesis machacaba las sienes y el pensamiento de Curtis Monroe; ésta Duncan Forrester acaba de asesinar vilmente a Kent Lakewood.

Si la hipótesis era factible requería una simple pregunta: ¿POR QUÉ?

Martin Crawson podía, muy bien, tener la respuesta.

CAPÍTULO VI

Frankie Bannister, del canal v de la Yorkworldvision miró a su atlético amigo haciendo amago boxístico de golpearle en el estómago.

Curtis fingió eludir la andanada.

—¡Estás en forma compadre! —exclamó el presentador de tv, jovial como era su costumbre—. ¡Vaya tipo!

—Y tú, ¿qué? Te conservas como si los años no pasaran por ti. ¿Cómo andas de hembras?

—¡Fenómeno, amigo, fenómeno! Me estoy acostando con una su daca que es demasié. La chica quiere triunfar en la tele y yo estoy dispuesto a proyectarla a la fama.

—Ya. Entiendo como la proyectas, «cara».

—¡Curtis! No me la juegues, ¿eh?

—¿Qué dices, Frankie?

—Me refiero a Crawson. Lo tengo en aquel despacho del final, el último del pasillo a la izquierda. Dile que has venido siguiéndole, lo que te dé la gana, pero no me involucres en el ajo, ¿oyes?

—Sé hacer mi trabajo, Frankie.

—Estoy en ello, Curtis. De lo contrario no te hubiese dado tantas facilidades.

—Gracias, compañero.

—Y ahora, pesquisa, tengo que dejarte —anunció el extrovertido presentador. Justificando—: He de preparar el guión del programa y ponerme de acuerdo con los del control.

—O. K. Yo voy a lo mío. Es presumible que me vaya sin despedirme de ti. Pero sabes que en el asunto favores estamos a la recíproca.

—Vale, tito. ¡Nos vemos!

Curtis le dio un manotazo en el hombro y giró a la inversa de la dirección seguida por Frankie Bannister, dirigiéndose a la estancia que éste le indicara.

Abrió la puerta.

—Hola, señor Crawson.

El aludido, hombre de unos cuarenta y cinco años, de mediana estatura y algún kilo de más en la tripa se puso en pie al ver entrar a Monroe, inquiriendo:

—¿Es usted de maquillaje?

Curtis dejó florecer en sus labios una sonrisa irónica.

—En cierto modo... —murmuró—. A lo peor tengo que arreglarle a usted la cara.

Martin Crawson captó algo en la entonación del otro que le puso al instante en guardia e intranquilo.

—¿Qué quiere decir, señor?

—Monroe. Me llamo Curtis Monroe y en realidad no...

—¡Monroe! —Fe atajó Crawson con la exclamación—. ¿El detective que ha hecho una película?

—O. K. Y usted está haciendo otra «película» que no me gusta un pelo.

—¿Qué hace usted aquí, Monroe? ¿Y qué quiere de mí?

Curtis avanzó unos pasos hacia el otro con expresión sombría pero sin talante amenazador por el momento.

Dijo, secamente, eso sí:

—Yo soy el que hace las preguntas, Crawson. Siéntese.

No obedeció, al contrario. Hizo amago de escapar de la estancia.

—¡Déjeme salir de aquí! ¡Me quejaré al director de esta cadena de televisión! ¡Yo no tengo que hablar nada con usted!

Curtis le metió la palma de la diestra en el tórax y empujó con tal violencia que lo dejó clavado en la silla de la que se alzara al verlo entrar a él.

—He dicho que se siente.

Crawson, muy pálido, tragó saliva. Y no ensayó ningún nuevo ademán de huida, ni de nada que pudiera ser mal interpretado por el detective.

—Su «película» no me gusta, Crawson.

—¿De qué..., de qué película habla?

—De esa que usted intenta producir y en la que le ha asignado el

papel de malvado a Kent Lakewood.

—¡Lakewood es un canalla!

—Es posible. Pero no ha mandado asesinar a Talbot ni a Cocó Davis. ¿Quiere contarme el verdadero argumento, Crawson?

—¡He dicho la verdad!

Curtis saltó adelante cruzando el rostro del director comercial de la MusicPhono New con un par de sonoras y lacerantes bofetadas.

—Puedo ponerme mucho más desagradable, Crawson. ¿Por qué pretende cargarle el mochuelo a Lakewood?

Apretó los labios.

Y el detective le estampó el puño encima de los mismos haciéndolos sangrar.

—¿Por qué, Crawson? ¿O prefiere que le desmaquille la jeta?

Limpiándose los hilillos de sangre que le brotaban de la comisura de los labios con el revés de la diestra, alzó la zurda en el aire como pidiendo tregua.

—Espero —sonrió de dientes afuera, lobunamente, el detective.

—Me..., me pagan por lo que estoy haciendo.

—¿Quién?

—No... —Vio la expresión agresiva que se reflejaba en las facciones de Monroe y gritó como una rata asustada—: ¡Le juro que no lo sé! ¡Es la verdad!

—Aceptémosla. ¿Cómo le hicieron el... encargo?

—Por teléfono.

—¿Hombre o mujer?

—Por la voz juraría que es un hombre. Me lo ha parecido todas las veces que me ha telefonado. La primera me propuso ganar en el espacio de un par de meses arriba de los cien mil dólares sin apenas riesgo. Yo, tenía que establecer la MusicPhono New, definiéndome como director comercial de la misma Seguidamente debía publicar unos anuncios... —Crawson, con evidente nerviosismo que iba *in crescendo*, le detalló a Monroe como había nacido la nueva compañía discográfica y le dijo casi de memoria el texto íntegro que se publicara en periódicos y revistas entre los días 20 y 31 del pasado mes de julio. Hizo un alto, se limpió el sudor que perlaba de grasa su frente, carraspeó y—: El anónimo comunicante me dijo que seguramente recibiría una partitura de un tal Kent Lakewood, individuo que al parecer vivía obsesionado por la música siendo

uno de sus más fervientes deseos ver publicada una de sus composiciones... «Sería capaz de pagar encima en tal de que su música fuera grabada». Me añadió que cuando esa partitura llegase debía copiarla devolviendo el original al autor con una carta en la que debía comunicarle que aquella música no se ajustaba a nuestras exigencias. Así lo hice...

—¿Y luego, qué?

—EL... o ellos, quienes fueran, se encargarían de que esa canción, Death, please... death, please... resultara todo un éxito. El *boom* de este verano. Y cuando más adelante...

—Resultaran asesinados varios intérpretes de esa melodía usted tenía que aparecer en escena confesándose autor de un delito menor de apropiación de derecho intelectual pero, pero, convirtiendo a Kent Lakewood en el blanco de las iras populares y policiales, señalándose como el cruel y sádico maquinador de los asesinatos de Lou Talbot y Cocó Davis en este caso concreto, ¿eh?

—Sí...

—Y usted ha obedecido a pies juntillas sin preguntar el cómo ni el por qué.

—Cien mil dólares son muchos dólares para un muerto de hambre como yo —admitió Martin Crawson, limpiándose una vez más aquellas gotas de grasa que perlaban las arrugas de su frente. Significando—: Recibí la mitad por adelantado dos días después de la primera llamada.

—¿Giro?

—No. Alguien dejó un sobre en mi buzón.

—¡Vaya! Un método muy arriesgado porque hay sinvergüenzas que se dedican a «limpiar» buzones. ¿Sabes una cosa, Crawson? —le tuteó por primera vez.

—No...

—El argumento de la película me vale, creo que es tal y como tú dices. Pero hay algo que no me convence un pelo.

—¡Le he dicho la verdad! —se desesperó, temiendo un nuevo acceso de violencia por parte del detective.

—A medias. Crawson. A medias... —Fe sonrió peligrosamente. Preguntando de súbito—: ¿Me ves cara de idiota?

—¡No! ¡No...!

—Entonces, ¿cómo pretendes que me trague lo de las llamadas

anónimas y lo de los cincuenta mil en el buzón de tu casa?

—Le juro que...

—No vuelvas a jurar en falso porque eso me cabrea mucho, editor de discos. Te diré una primicia, Crawson: Kent Lakewood está muerto. El sargento Forrester de Homicidios dice que se ha visto obligado a disparar contra él, en defensa propia, cuando intentaba detenerle. Y el motivo de la detención es que el policía cree de «pe» a «pa» en tus explicaciones, las que tú le has ido a servir a domicilio. Pero ¿sabes lo que creo yo? Creo que Forrester miente, y creo que se ha limitado a... asesinar a Kent Lakewood siguiendo instrucciones de la misma persona que te las da a ti. Y ahora, Crawson, antes de que me obligues a destrozarte, ¿por qué no me dices el nombre de esa persona?

—¡No tengo la menor...!

El puñetazo en mitad del pecho de Martin Crawson se mereció figurar de inmediato en la historia de la antología de los puñetazos. El editor discográfico tuvo la sensación de que un violentísimo huracán acababa de proyectarlo atrás, partiendo su tórax por la mitad, fragmentando sus costillas, haciéndole cisco los pulmones, y el corazón...

El corazón le quedó atravesado en la garganta cuando se volcaba sobre sí mismo, atrás, silla incluida con la que se golpeó dolorosamente al caer, obligándole a una tos espasmódica acompañada con escupitajos sanguinolentos.

Curtis, como un vendaval desatado, le pegó una patada a la silla alejándola hacia un extremo de la estancia volcándose hacia Crawson para alzarlo por las solapas del saco y empotrarlo en la pared golpeando contra ésta la nuca del fulano.

—¡Se me acabó la paciencia, Crawson! ¿Para quién trabajas?

La sangre y la saliva dificultaban la actitud verbal del otro.

—Po... r favo... r.

—¿Cómo se llama? —Y le golpeó contra la pared con mayor rudeza.

—¡Lo... sé la... dir... él!

Curtis le soltó haciéndose unos pasos atrás para arremeter de nuevo sobre Crawson si se hacía necesario.

Alguien, afuera en el pasillo, le pegó un punterazo a la puerta.

Ésta se abrió con estrépito amenazando con abandonar los

goznes.

Curtis que estaba ducho en aquella clase de situaciones extremas se revolvió con la agilidad de un tigre al tiempo que se lanzaba en plongeón al suelo extrayendo su pistola de la funda.

Girando en tiara velozmente.

El tipo se recortó fracciones de segundo como pintado en el umbral.

Lucía un revólver cuyo gatillo oprimió una sola vez.

¡BANG!

Luego brincó atrás y a la derecha desapareciendo del marco.

A Martin Crawson, aquel único proyectil, acababa de alzarle la tapa de los sesos, de pegarle la cabeza en la pared, sus restos, como si ésta le hubiera estallado.

Pringue gris, pedacitos de hueso, jirones de carne ensangrentada, cartílagos... un cuadro de vómito estampado sobre el color ocre del muro.

Monroe había salido como un obús tras del asesino sin entretenerse en auxiliar a Crawson, sabedor de la inutilidad de ello.

Vio la silueta pronta a perderse en el recodo final del corredor.

Alzó la diestra aferrando la muñeca de ésta con los cinco dedos de la zurda convertidos en férreas grapas.

Apretando el gatillo.

Una sola vez también.

El criminal aumentó la velocidad de su carrera porque el proyectil se le metió por la nuca saliéndole por la boca, destrozando la mitad de su rostro y estampándolo contra el mamparo frontero sin permitirle doblar como había pretendido en vida.

Las palmas de sus manos resbalaron por la pared cuando intentaban aferrarse a ella, en desesperado intento de seguir permaneciendo en el mundo.

Curtis corrió hacia el lugar como un gamo para registrar al individuo y hacerse con sus documentos.

Frankie Bannister, con expresión aterrorizada, fue el primero en asomar.

Curtis lo atrapó por un brazo llevándoselo al otro lado del recodo.

—Yo no he estado aquí, compadre. ¿Me sigues? —Le vio cabecear afirmativo sin excesiva conciencia del porqué sí o del

porqué no. Añadiendo—: Éste... —señalaba al fiambre del pasillo—, se ha cargado a Crawson, Seguramente para que no hablase en tu programa, ¿estamos?

—¿Y a él, quién...?

—Misterio. ¡Y me largo para evitarte problemas!

—¡Y eso que te he dicho que no me involucraras en el ajo!

—Ha sido contra mi voluntad, Frankie. No contaba con la intervención de éste —señalaba de nuevo al que acababa de liquidar.

—Vale, vale... —Asentía una y otra vez, torpe, confuso, el presentador del canal v de la Yorkworldvision, que había perdido como por ensalmo su jovialidad—, ¡lárgate, lárgate!

Eso hizo al memento Curtis, porque se escuchaban carreras y exclamaciones acercándose al lugar.

Tuvo la inmensa suerte de no cruzarse con nadie mientras volaba literalmente en busca de la salida de emergencia de los estudios de tv de la Yorkworldvision.

Alcanzó la calle sin novedad alguna.

Pensando que su hipótesis inicial había quedado plenamente confirmada.

Se habían cometido dos asesinatos, con suicidio incluido de los respectivos criminales, y se pretendía culpar de aquella tramoya sangrienta y efectista a Kent Lakewood.

Y Lakewood había sido muerto por supuesta resistencia a la autoridad.

Para el cerebro que había programado aquel dantesco rompecabezas, la finalidad pretendida estaba ya consumada.

Kent Lakewood abatido a tiros por un sargento de Homicidios en el cumplimiento de su deber, dejaba de ser un estorbo, un peligro, para aquel que había programado su muerte a través de un sofisticado mecanismo de más crímenes que sólo tenían la utilidad de justificar el de Lakewood.

Porque aquél había sido asesinado. —ASESINADO, repitió Curtis para sí— por Duncan Forrester, obedeciendo las consignas del mismo personaje que patrocinara la actuación de Crawson.

¿Quién y por qué?

Dos preguntas, de momento, sin respuesta.

Cuando consideró que se había alejado lo suficiente de los

estudios de la productora de tv, echó un vistazo a los documentos que obtuviera en el cuerpo del asesino.

Carta de identidad y permiso de conducir estaban a nombre de Bruce Ledbom.

Como si nada.

Curtis, de pronto, captó la única posibilidad de llegar a la mente rectora de aquel sangriento galimatías: interrogar al sargento Duncan Forrester de la Brigada de Homicidios.

Pero antes admitió la perentoria conveniencia de visitar a un antiguo amigo y consumado confidente: Dennis Coburn, alias Gold Information.

Sí. Cabía la posibilidad de que Coburn le ayudase a despejar más de una incógnita.

CAPÍTULO VII

—No pretendo jugar a «dejarme querer» —anunció Dennis Coburn — para aumentar con ello el precio de mi información, Curtis. No es cuestión del vil metal porque tú tienes pasta y estás en condiciones de pagar lo que yo te pida. Te repito que no es por ahí, pesquisa. Me conoces bien y sabes que no miento.

Coburn estaba medio derrumbado en el catre que se hallaba en un rincón de la trastienda del establecimiento de compraventa de ropa que aquel fulano al que apodaban Gold Information^[3] tenía, oomo tapadera de sus reales y sucísimas actividades, en el Greenwich Village neoyorkino.

El detective estaba de pie, recostado en la pared opuesta, frente al vendedor de informes.

—¿De qué se trata entonces...? —inquirió con expresión hosca. Dejando ir con entonación caustica—, ¿comerciante en chivatazos?

—Sabes que me jode que me llamen chivato...

—Por eso, por eso...

—... Pero se trata de que no quiero verme metido en problemas. En graves problemas, Curtis. Esa gente mata sin contemplaciones y a otra cosa mariposa.

—¿Qué gente, chivato, qué gente?

Dennis Coburn se mosqueó por todo lo alto dirigiendo una mirada elocuente al pesquisa.

—Los que van por libres —dijo no obstante—, pero reciben el «sobre» de la Central.

Curtis hizo un rictus de asombro. Con los ojos muy abiertos y mirando fijamente al otro, exclamó primero y preguntó después:

—¡Eh, pequeño! ¿Te estás refiriendo, por ventura... a la Central Intelligence Agency, más vulgarmente llamada CIA?

—Brillante deducción, fisgón. Caías de tu cosecha a un lado me estoy refiriendo a la CIA, sí.

—¿Y qué pinta la Central en todo este embrollo?

—Lakewood... —comenzó Dennis Coburn, como dudando de si debía continuar o no. Decidió lo primero y tras unos instantes de vacilación y duda, largo—: Kent Lakewood había colaborado con ellos en Centro y Sudamérica. Como agitador subversivo y asesino directo cuando las circunstancias lo requerían. Se comenta que Lakewood «despeinó» a dos importantes líderes de movimientos obreros que reivindicaban los derechos humanos y la democracia en sus respectivos países, preparando insurrecciones contra los poderes militares impuestos por las armas en los gobiernos de sus naciones. Martin Crawson también era un destacado colaborador de la Central, aunque ignoro si intervino alguna vez...

—¿Quién controla a los «libres» de la Central que se mueven por Nueva York? —Fe cortó el detective.

—Ni idea.

—Nos conocemos demasiado —rumió las palabras más que pronunciarlas el atlético protagonista de notoria personalidad— para que «trague», Dennis. ¿Quién?

El informador —que no gustaba de ser llamado chivato— alzó la diestra ofreciendo la palma hacia adelante, cara a Monroe, en señal de que estaba siendo veraz.

Y exclamó:

—¡Palabra que no lo sé, Curtis!

—Me resulta difícilísimo de creer —siguió insistiendo el detective.

—No soy Dios y no tengo obligación de saberlo todo.

—Puede...

—Puedo decirte el cabecera oficial en Nueva York de la Central Intelligence Agency si lo deseas. Es...

—Jack Foster —le cortó Monroe. Añadiendo, significativamente —: Para ese viaje no me hacían falta alforjas. Oye, Dennis...

—¿Sí?

—¿Qué conclusión sacas de todo este lío de muertes y sangre que tiene como aparente leit motiv los derechos de una melodía llamada Death, please... death please...?

—¡A propósito! —exclamó Dennis Coburn como si de repente

todo su cerebro se hubiera llenado de luces. Explicando—: Se me ha olvidado decirte que el *hobby* más arraigado en Kent Lakewood... ¡qué digo *hobby*! Lo de Kent por la música era una verdadera pasión. Y un contrasentido a la vez el que un profesional del asesinato se sintiera tan inmerso, cautivo, en las redes de un arte propio de espíritus cultivados y pacifistas. Alguien me dijo en cierta ocasión que Lakewood componía buena música pero que jamás había conseguido colocar una de sus partituras. Era como una obsesión para él conseguir que...

—Te he hecho una pregunta.

—Y yo te estoy facilitando el material con mi respuesta para que tú mismo formes tu hipótesis. Que sé que la tienes. Pero ¿te apetece la mía? Vale... Lakewood estorbaba por la razón que fuera pero no consideraban válido rellenarte la barriga de plomo y echarlo al Hudson o «pincharlo» en cualquier callejón del Harlem. Tenían que evitar las suspicacias o como menos las investigaciones. De ahí que mentaran todo ese tinglado de la canción...

—Donde encajan, me pregunto yo, los homicidios-suicidas...

—Hay sistemas, Curtis. Tú lo sabes.

—¿Hipnosis?

—Hipnosis, por ejemplo, si —cabeceó Dennis Coburn.

—¿Quién? —insistió Monroe.

—No lo sé —insistió por su lado Coburn.

Curtis, antes de dar media vuelta y salir de la trastienda rumbo a la calle, le dijo:

—De todas formas me has ayudado en algo, chivato. ¡Good bye!

—Que te sea leve, pesquisa.

Confundido ya entre aquel bullicio de personal, cosmopolita y heteróclito que pululaba por el viejo barrio bohemio de Greenwich Village, Curtis, codeando entre unos y otros para avanzar con la mayor celeridad, no dejaba de exprimir su pensamiento.

Pobres desheredados de la fortuna, mangantes de tres al cuarto, programados bajo un patrón hipnótico para cometer un crimen y después suicidarse.

Martin Crawson se encargaría de explicar a la policía y medios de comunicación social, que Kent Lakewood era el cerebro que movía a aquellos asesinos de paja para vengarse de la MusicPhono New por apropiación indebida de la propiedad intelectual de la

canción Death please... death, please... cuya partitura había compuesto él.

Duncan Forrester se lo creía porque así le habían ordenado que se lo creyera y acudía a detener —asesinar— a Kent Lakewood. Le daba el alto cuando aquél estaba inclinado para abrir la puerta de su apartamento, y al revolverse de forma instintiva, lo baleaba. Luego, el propio sargento de Homicidios se encargaba de ponerle a Lakewood una *Parabellum* entre los dedos.

Y la Central se veía libre de los problemas que podía acarrearle en un momento determinado la excesiva locuacidad de uno de sus colaboradores —de un ejecutor de dos líderes de la democracia en suelo sudamericano—, de sus «no agentes» que les llamaban, el cual podía hacer peligrar no ya el buen nombre de la central —que lo tenía bastante deteriorado— pero sí el concepto de inocencia que siempre adoptaba.

Washington, la Casa Blanca más concretamente y el propio Senado, frente a determinadas intervenciones de la CIA en la parte sur del continente.

Pero... ¿quién manejaba los hilos de aquellos títeres sangrientos en que se convertían los «noagentes»... sangrientos por su propia intervención y sangrientos también porque la propia Central les solía aplicar con frecuencia la moraleja de «El que a hierro mata...»?

¿Quién era quién en Nueva York?

Era de esperar que Duncan Forrester conociera el nombre.

CAPÍTULO III

Las manecillas del reloj hablan rebasado en diecisiete minutos las 5 p. m.

cuando Curtis Monroe asomó por el vestíbulo del precinto policial al que estaba adscrito el sargento de Homicidios, Duncan Forrester.

Sin saber con exactitud la razón, Monroe sentíase inquieto.

Nervioso.

Como si barruntara un presentimiento aciago.

Un hecho, inconcreto aún, que iba a crearle problemas.

Procurando desechar aquel talante fatalista que le había invadido inesperadamente, le preguntó a uno de los uniformados del vestíbulo:

—¿Sabes si está Forrester en su despacho?

—No... negó con la cabeza el agente, al tiempo que extendía su diestra hacia un vértice del vestíbulo donde se iniciaba una escalerilla de madera que conducía a las dependencias subterráneas del precinto, —le he visto bajar hace cinco minutos. Seguro que iba al departamento forense a buscar algún informe.

—Gracias.

El policía, al constatar lo decidido que el otro se dirigía hacia la escalera, exclamó:

—¡Eh, amigo!

Curtis se revolvió con una sonrisa en los labios.

—¿Es a mí?

—¡Por supuesto! ¿Quién es usted?

Monroe le mostró su placa de investigador privado.

—Hum... Aunque ustedes y nosotros tradicionalmente siempre nos hemos llevado mal, imagino que es amigo de Forrester, ¿no?

—¡Íntimos!

—Vaya pues, vaya...

Fue.

Escaleras abajo.

Una flecha le indicó por cuál de los tres pasillos rectilíneos que allí se iniciaban, debía circular.

MORGUE, decía el letrero. Y la flecha de marras señalaba hacia dónde.

Era un pasillo largo y estrechísimo con paredes y piso de cemento.

¿Y si Forrester tampoco sabía nada concreto? O si simplemente callaba. Bueno, si callaba simplemente, en manos de él estaba desatarle la lengua. Claro que, estaba en territorio de Forrester y las cosas no le resultarían fáciles ni mucho menos.

Pero Monroe quería acabar con aquel asunto.

Y no sólo por el hecho de cumplir con su buen amigo Roy Bergen y devolverle su buen nombre al Casablanca *Show's*... no sólo por eso. También porque aquel asunto se había convertido en algo muy parecido a una cuestión personal.

Lo vio justamente al alzar la vista como si le apartara del interior de su propio pensamiento al que estaba mirando en actitud introvertida.

Lo vio entonces, sí.

Duncan Forrester.

Le venía de cara, o sea, caminando en dirección inversa a la seguida por él.

Era lógico. Porque Forrester venía de ver al forense, de interesarse seguramente por el informe concerniente a la muerte de Kent Lakewood.

Al sargento de Homicidios le importaba, y mucho, conocer la opinión del forense.

Convencerle incluso de que rectificara si alguna cosa no estaba muy de acuerdo con la realidad vivida por el sargento a la hora de intentar la detención de Lakewood. Sí, a Forrester le interesaba mucho saber...

—¡Monroe! ¿Qué hace usted por aquí?

—Buscarle, sargento.

—¿A mí? ¿Por qué?

Curtis movió la cabeza en sentido afirmativo como si sólo

respondiera con aquel gesto a la primera pregunta.

A la segunda contestó audiblemente, y con otro interrogante por cierto:

—¿Recuerda que en la puerta del piso de Lakewood le he dicho esta mañana que usted y yo, sargento, acabaríamos teniendo problemas?

—Algo de eso me ha parecido oírle decir. Y también he creído escuchar una acusación absurda...

—No era acusación en aquel momento, Forrester. Pero ahora... sí. Y no tiene nada de absurda.

Duncan Forrester, que en los sótanos del precinto se sentía mucho más seguro que en el pasillo de la planta donde se ubicaba el apartamento de Lakewood, un tanto burlón y un mucho provocativo, inquirió:

—¿Puede explicarse?

Curtis le envió una sonrisa cuya ominosidad no supo captar en toda su amplitud el policía.

Y dijo, iniciando un súbito tuteo que nunca había mantenido con Forrester.

—Tú, puerco corrompido, has asesinado esta mañana a Lakewood. Y no me molesta que hayas eliminado a ese canalla porque posiblemente era un criminal de peor estofa que tú... pero me jode una enormidad el porqué lo has hecho, Duncan.

Peyorativa hacia el detective.

—¿Por qué lo he hecho, pesquisa?

—Porque cobras de la Central. Trabajas por libre para ellos.

Otra ofensiva carcajada.

—¿De veras, fisgón? ¿Y cómo piensas probar eso?

Duncan Forrester estaba demasiado seguro de sí mismo, demasiado seguro de la protección que le brindaba el precinto policial, excesivamente confiado en sus propias fuerzas y en su condición de miembro de la Brigada de Homicidios... reafirmado en su propia credibilidad como integrante de las fuerzas de orden público de la nación.

Y todo aquello, porque no conocía bien a Monroe.

Empezó a conocerlo cuando, inesperadamente y de manera muy poco ortodoxa, la punta del zapato izquierdo del detective entró en violento contacto con sus genitales subiéndoselos hasta el cuello.

Al instante siguiente la zurda de Monroe atravesó, casi, la boca del estómago del policía y cuando éste se inclinaba agónico como causa de las dos primeras tarascadas, la cazó con un gancho de derecha que dio con la humanidad de Forrester contra el cemento donde impactó con macabra sonoridad.

—No tengo mucho tiempo que perder, Duncan. Quiero un nombre: ¿quién te paga?

Estaba hecho un ovillo, retorciéndose en tierra.

Curtis se agachó para alzarlo por el pescuezo como si fuera una anguila y apretándole contra la pared le puso su cara muy cerca de la de él, con expresión decidida, diciéndole roncamente pero en un susurro:

—Si no hablas te dejaré muerto en este sótano para que el forense no tenga que desplazarse muy lejos para iniciar su tarea —y extrajo de un bolsillo del pantalón una silenciosa navaja cuya hoja salió adelante, escupida por el resorte. Paseó el acero de un extremo a otro del cuello del policía, y—: ¿Quién?

—No... no le conozco personalmente. ¡Te lo juro, Monroe!

—¿Nombre entonces?

—¡Será mi ruina!

Le siguió acariciando el gaznate con el acero, al tiempo que murmuraba:

—Haberlo pensado antes, canalla. ¡Venga ese nombre!

—Jo... ¡Joseph Wilcox!

—¿Cómo mirabas en contacto con él cuando te era necesario?

Duncan Forrester estaba acabado y lo sabía. Como policía y como «noagente» de la Central. De ahí que estuviera temblando como una hoja batida en lo alto del árbol por el más impío de los huracanes.

—Po... podemos llegar a...

—No mantengo pactos con basura como tú, sargento. ¿Cómo te comunicas con Wilcox?

—Por teléfono. El

WE-3-3107.

Un chispazo intuitivo brilló en el cerebro del deductivo Monroe, que trabajaba a increíble velocidad mental. Preguntando:

—¿Atendía de inmediato la llamada?

—No, no... A veces tenía que repetirla.

—Bien, Duncan, bien. Como no me fío de dejarte en manos de tus colaboradores porque ignoro cuántos más puedan estar corrompidos como tú... saldremos de aquí juntos, ¿sabes? ¿No tienes curiosidad por conocer al señor Wilcox?

Forrester bajó la cabeza manteniendo los labios cerrados.

—Con la yema del pulgar e índice de tu mano derecha sacarás tu revólver de la funda, para entregármelo, ¿eh?

Lo hizo.

—Y ahora, Duncan... cuidado, MUCHO CUIDADO. A la menor tontería te dejo seco dentro del precinto. Espero por tu bien que me creas y no me obligues a demostrarte que hablo en serio. ¿De acuerdo?

Silencio.

Silencio.

—¡No te oigo, Forrester!

—De... de acuerdo.

Y salieron del sótano y después atravesaron el vestíbulo hasta la salida... cogidos del brazo como dos buenos amigos.

Ya en la calle, anunció el detective:

—Cuando nos hayamos alejado prudentemente del precinto, llamaremos al señor Wilcox desde una cabina, ¿eh?

—Usted manda...

Caminaban muy juntos confundiéndose entre la riada humana que a aquellas horas de la tarde se apiñaban en las aceras neoyorkinas y que desde lo alto podían tomarse por laboriosas hormigas o hacendosas abejas que iban y venían en bien de su colmena.

Con la diferencia de que la colmena humana era, por desgracia, muy poco solidaria.

El semáforo les detuvo cuando se disponían a cruzar Poupeé Road.

Los coches que circulaban en sentido vertical, con la luz a su favor, iniciaron el veloz desfile.

Uno, otro, muchos...

El tipo estaba asomado a la ventanilla delantera derecha de uno de aquellos muchos, un Oldsmobile azul oscuro, con una pistola en la mano adecuada con silenciador.

Curtis lo captó.

—¡A tierra, Forrester! —gritó, pegándole un soberbio empujón al tiempo que él obedecía *ipso facto* su propia orden.

El sargento trompicó. Seguramente por lo inesperado de la acción del detective.

Pero al final se fue contra el asfalto. De espaldas por eso y no de bruces como habría sido lo ortodoxo.

Pero tenía su explicación, claro: Duncan Forrester había caído de espaldas porque los tres proyectiles, sigilosos, camuflados en la barahúnda callejera humana y automovilística, ahogados por el silenciador sobre todo, que acababa de disparar el fulano de la ventanilla, le dieron de lleno en el tórax volcándolo atrás definitivamente muerto.

Muerto y punto.

Curtis Monroe puso pies en polvorosa. No estaba en condiciones todavía de explicar muchos por qué. Entre ellos por qué andaba por la calle pegado al sargento de Homicidios Duncan Forrester y por qué acababan de asesinar a éste.

Y supo, mientras corría en zigzag confundiéndose con la gente, que de todas las probabilidades que tuviera en la mano para llegar hasta el desconocido quién, Joseph Wilcox sabía ahora que se llamaba... de todas las posibilidades, sólo le restaba una: averiguar qué dirección correspondía al número de teléfono WE-3-3107.

Por eso decidió regresar a la tienda de compraventa que Dennis Coburn, Gold Information, tenía en Greenwich Village.

—¡Te has empeñado en que me la juegue, Curtis! —exclamó el confidente al enterarse de las pretensiones del detective.

—Dennis... ¡te juro que estoy muy quemado!

—Vale, vale. Aguarda unos minutos. Tengo que hacer una llamada.

La hizo, regresando al cabo de cinco minutos a la trastienda, para informar.

—Está en un edificio antiguo de los muelles, en South Brooklyn: 19 de Conover Street.

Le entregó un par de arrugados billetes saliendo a escape del lugar.

Los muelles de South Brooklyn.

Conover Street, 19.

Un edificio de tres pisos construido en ladrillos rojos. Antiguo, sí.

No se anduvo con rodeos franqueando la puerta para introducirse en un pasillo que respiraba humedad y mal olor.

En una pared había seis buzones. Con etiquetas sucias, pringosas, que apenas podían leerse.

JOSEPH WILCOX. 2.º B.

La escalera se iniciaba al fondo de aquel angosto pasillo y bajo su hueco se erguía una especie de quiosco que algún día debió ocupar el portero del inmueble.

Subiendo...

2.º-B.

Pegó Curtis su oído a la puerta, rezumante de humedad y rehinchada la madera por esa causa, tratando de captar algún ruido procedente del interior.

Nada.

Compacto el silencio.

Empujó hacia delante pero la hoja de madera ofreció la lógica resistencia.

Cerrada, claro. Curtis pensó con ironía que en las novelas, los detectives, solían encontrar en aquellas situaciones las puertas entreabiertas. Y con un cadáver dentro, como era de precepto.

Hurgó en el doble fondo del bolsillo interior de su chaqueta para hacerse con un estuche achatado, extraplano, de metal, que abrió con el filo de la uña. Dentro, varias herramientas minúsculas estaban prendidas al marco de la funda como las llaves a determinado modelo de llaveros de piel.

Manióbró, despacio, dominando su nerviosismo, en la cerradura.

Como un par de minutos le llevó franquearse la entrada al piso.

El fuerte olor que le llegó a la pituitaria, ofendiéndola, era evidencia de que allí nadie habitaba asiduamente y de que la higiene brillaba por su ausencia. De las paredes colgaban tirabuzones de papel y había en ellas grandes manchas de humedad.

Dejó atrás el pestilente WC y la maloliente cocina hasta llegar a lo que era sala de estar, comedor y hasta dormitorio, si se juzgaba por el plegatín extendido en uno de los vértices superiores.

Había un arco a la izquierda que daba acceso a una pequeña estancia en la que podía verse por todo mobiliario una mesa redonda al estilo brasero, una silla delante y dos teléfonos encima. Uno negro modelo antiguo y otro góndola de color granate.

Bueno, y aunque la puerta de la calle no la encontrara abierta, el cadáver, cumpliendo los requisitos de la novelería negra, sí estaba.

Estaba allí.

Sentado en la silla y con la cabeza doblada encima de la mesa.

Una grosera imprecación se le cayó de sus labios sensuales al detective:

—¡Hijos de puta!

Se acercó, rodeando al muerto.

Aunque la sangre ya iniciaba sólidos coágulos encima de los orificios que le causaran en la nuca para arrebatarse la vida — prueba evidente de que el asesino gozaba de toda la confianza del cadáver, ya que éste le había permitido situarse a su espalda sin esperar agresión letal—, el crimen no databa de muchas horas.

Curtis, después, se quedó mirando los teléfonos.

Dos...

Dos.

¿Para qué necesitaba aquel desgraciado dos teléfonos?

Si su obligación consistía sólo en atender llamadas y...

¡CLARO!

Atendía la llamada, la retenía, mientras que con el otro aparato se ponía en comunicación con Joseph Wilcox. Y si éste decidía atender al comunicante, el fallecido se limitaba a conectar ambos auriculares.

Pero... ¿en qué número localizaba a Joseph Wilcox?

Miró, fijamente, los diales de ambos aparatos telefónicos. Sólo en el negro de formato anticuado había escrito un número:

WE-3-3107.

¿A cuál llamaba él cuando le pedían por Wilcox?

¿A CUAL?

Registró las ropas del muerto sin encontrar tan siquiera un librito de papel de fumar.

El asesino se había encargado de borrar cualquier pista... De todas formas, pensó Monroe, no era prudente que el enlace llevara encima el número con el que se comunicaba con Wilcox. Si era de

esta forma, ¿cómo impedir que no se le olvidaran las cifras en algún momento, o simplemente se confundiera?

Mientras así pensaba, mientras se devanaba los sesos en busca de una explicación, de una respuesta, los ojos negros, escrutadores del detective, estaban fijos en el único número que figuraba en uno de los aparatos.

Número por otra parte que él ya obtuviera de Forrester.

Aquellas cifras, no sabía exactamente la razón, le resultaban familiares.

Aunque no conseguía ubicarlas correctamente con la fuente que le producía el recuerdo.

Ellos debían de haber tomado precauciones para que el enlace no cometiera errores y...

WE-3-3107.

... Y para que nunca pudiera equivocarse ni se le pudiera olvidar ninguna de las cifras, nada más sencillo que invertir el orden de las mismas haciendo igual con las letras.

¡CLARO!

EW-3-7013...

Sólo el 3 de conexión urbana se mantenía incólume en ambos casos.

EW-3-7013...

¡y tan familiar como le resultaba!

Tan terriblemente familiar.

Incluso los labios le temblaron al preguntar, al preguntarse:

«¿Por qué... por qué tú?».

Saliendo al instante de su asombro, de su desilusionado asombro, el detective que había llevado a la pantalla la Boda del Horror, abandonó velozmente aquel lugar.

CAPÍTULO IX

Bastante afectado aún por los sucesos de la noche anterior, el propietario de Casablanca *Show's*, hundido tras la mesa de su despacho en una muelle butaca, intentó ofrecer una sonrisa desde el fondo de sus facciones sanguíneas metidas en aquella cara de pan de payés, al interlocutor que le sonreía también de una manera extraña.

Pero Roy Bergen, al menos aparentemente, no captó nada extraño en la mueca que curvaba los labios del detective.

—Esperaba que me llamasess durante el día, Curtis.

—He estado muy atareado, Roy.

—Entiendo. ¿Algo nuevo? Nada supongo porque...

—Algo, algo sí —te cortó el detective.

El dueño de aquel reducto de añejo sabor donde se recordaban melodías del ayer para jóvenes nostálgicos metidos en la sesentena o para adolescentes que no tenían los gustos musicales acordes con el tiempo que les había tocado vivir, exclamó satisfecho:

—¡Hombre...! Eso me anima.

—Y más que te animarás cuando te lo cuente todo.

—¡Lo supongo! Pero... ¡venga, hombre, empieza! Me tienes sobre ascuas.

—Pienso, Roy, que sobre ascuas encendidas has estado siempre.

—No te comprendo —había un chispazo de asombro estrujando las facciones del otro.

Curtis guardó silencio como quince segundos para disparar de pronto la siguiente pregunta.

La inesperada pregunta que hizo impacto en la expresividad de Roy Bergen:

—¿Qué tal se te da la hipnosis, amigo?

—¿La hipnosis...? —repitió con leve temblor en el registro. Exclamando, quizá, para abortar su turbación—: ¡Curtis! ¿A qué vienen esas tonterías?

—¿De veras necesitas que te lo cuente? —La sonrisa del detective era abierta ahora, pero netamente ominosa. Insistiendo—: ¿De veras?

—¡Pues claro!

—Te dice algo el nombre de... ¿Joseph Wilcox?

Una pincelada de estupor y blancura acudió al mismo tiempo sobre el rostro de Bergen.

—¿Qué... pero se puede saber...?

—Nunca podrás saber lo poco que me ha costado saber, valga la redundancia, que tú eres Joseph Wilcox. El coordinador en Nueva York de los que van por libre en pro de la Central, el que da las órdenes a los «noagentes» de la CIA. Si no fuera porque deseo vivamente estrangularte, te felicitaría Bergen. Eres un canalla un criminal, pero inteligentísimo. Me has estado llevando al huerto durante la tira de tiempo y te has permitido el lujo de jugar en mis narices sin que tan siquiera lo sospechara. Pero... ¿por qué me has metido en este lío, Bergen?

El propietario del Casablanca *Show's* no se empeñó en elevar protestas sobre su inocencia o en tratar de confundir a Monroe. Seguramente porque lo consideraba absurdo.

—Tu presencia aquí, ayer, era una opción más para mi coartada. Cómo Roy Bergen era de lo más coherente que contratara los servicios de un investigador privado, máxime si el detective era uno de los mejores y buen amigo de la casa... para averiguar el porqué de los hechos y dejar a buen recaudo el nombre del local. Como Roy Bergen, de lo más lógico, ¿no?

—¿Tu verdadero nombre es Joseph Wilcox, Roy?

Sonrió el otro.

—No... Joseph Wilcox es un colaborador de la Central. Roy Bergen es el propietario del Casablanca *Show's*, un sesentón romántico admirador a ultranza de Humphrey Bogart... y yo, me llamo Andrew Hamilton. ¿Cómo lo has averiguado, Curtis? Los caminos hasta Joseph Wilcox se te han ido cerrando oportunamente. Crawson, Forrester, la parquedad informativa de Dennis Coburn.

—¿También trabajaba para ti el chivato?

—Bueno. De alguna manera sí. Trabaja... siendo muy cauto a la hora de emitir ciertos informes. No obstante, contigo, le he permitido ciertas alegrías que en nada me comprometían y que a él lo dejaban a salvo. ¿Cómo, Curtis, cómo...?

—Los dos teléfonos del diecinueve de Conover Street.

—No encerraban ninguna respuesta. Obvio que entenderías el juego a la hora de manejarlos pero de eso a...

—WE-3-3107. Los números me resultaban familiares al pensamiento y a la vista. Luego se me ocurrió pensar que tenía que existir una fórmula segura, inequívoca y no escrita, para que el enlace jamás olvidara el número al que debía llamar. Es fácil a veces confundir una cifra... Pero ese riesgo no se podía correr. ¿Entonces...? Se me ocurrió invertir el orden de letras y cifras, exceptuando el 3 central de conexión urbana, y comprendí por qué el número me había resultado familiar, los números mejor dicho. He invertido el orden, como te decía y...

EW-3-7013,

es el teléfono del Casablanca *Show's*. ¿Qué te parece?

Roy Bergen, como si aquel diálogo fuera de lo más cordial y amistoso, lo mismo que si su fondo fuera intrascendente, exclamó:

—¡Asombroso! Siempre he mantenido que eras el número uno en tu oficio. Bien, ¿y ahora, Curtis? ¿Hemos de solucionar esto como personas civilizadas?

El detective de ojos negros y cabello moreno sonrió abierta y sonoramente, ofreciendo una expresividad tranquila y un dominio de la situación que su interlocutor parecía tener como patrimonio privado.

—¿Qué es lo que tú entiendes por «persona civilizada». Roy... o Andrew?

—Doscientos mil dólares y una versión lo suficientemente creíble para los medios de difusión y opinión pública.

—Basada, sin duda, en la culpabilidad de Kent Lakewood... un perturbado mental que urdió la complicada trama de asesinatos para vengarse de la editora discográfica MusicPhono New que le había robado la propiedad intelectual de su partitura *Death, please... death please*, ¿no?

—¡Exacto, exacto...! —Aplaudió burlonamente Andrew

Hamilton. Y con repentina seriedad, añadió—: No era mi intención exterminar a Lakewood pero recibí instrucciones perentorias de hacerlo con rapidez y sin dar pie a investigaciones engorrosas, ¿comprendes? Una organización dependiente de la guerrilla revolucionaria de uno de los países en los que había actuado Kent asesinando a un líder progresista, preparaba un plan para capturar vivo a Lakewood y obligarle a confesar delante de los sistemas de difusión de ciertas potencias extranjeras su *modus operandi* en centro y Sudamérica y el nombre del patrón que le había recompensado económicamente por el misma Ni Washington ni la CIA, como entenderás sin necesidades de muchas explicaciones, podían correr ese riesgo.

—Claro, claro... Y te inventaste una trama diabólica y sangrienta en las que sacrificar un puñado de víctimas inocentes con tal de salvar el buen nombre de la CIA y del gobierno de este país.

—No te compliques la vida, Curtis —le aconsejó Andrew. Añadiendo—: Esto lo hemos encontrado así, y así seguirá pese a los paladines de la justicia que asomen los hocicos con el ánimo de desfacer entuertos.

—Tú pagarás, Roy, Joseph, Andrew o como mierda te llares. Pagarás, ¿entiendes? Viniendo conmigo ahora, ahora misma a los estudios de la Yorkworldvision donde un buen amigo se sentirá muy feliz de organizar sobre la marcha un programa especial en el transcurso del cual tú informarás a los televidente del canal v de...

—Yo no haré eso y tú lo sabes, Curtis —sentenció el otro al tiempo que la suela de su zapato derecho se aplastaba sobre un diminuto resorte que sobresalía en la pata de la mesa, hundiéndolo dentro de éste.

Y al momento, la pared izquierda juzgando desde la posición de Monroe en la estancia, se partió en dos, hacia adentro, dejando un recuadro de similares dimensiones al de una puerta normal, en el que se enmarcó un tipo alto, de expresiva catadura y hoscas facciones, que portaba un negro pistolón entre los dedos de la zurda el orificio de cuyo cañón miraba con rectitud y firmeza al cráneo del detective.

—Es el final, amigo —volvió a sentenciar el dueño del Casablanca *Show's*.

—Vente conmigo, Monroe —ordenó el de la pistola.

—¡Está visto que siempre no se puede ganar!

Y entonces se abrió, violenta, la genuina puerta del despacho privado de Roy Bergen.

—¡Curtis! Me han dicho que... —Joan se detuvo mirando al obeso sesentón, el pistolero, y preguntó con candidez—: ¿Qué va a hacer ese tipo, Roy?

El tipo propiamente dicho se quedó unos segundos en suspenso pendiente de las instrucciones de su jefe.

Que gritó:

—¡Mátalo!

Tarde.

Los instantes perdidos por el gatillero consultando con la mirada al otro, le resultaron fatales.

Curtis Monroe se dobló de rodillas como si fuera a rezar extrayendo con una velocidad endiablada su revólver.

Es posible que rezara, sí.

Por aquel alma que acababa de enviar al infierno con dos balas metidas en el entrecejo del cuerpo. Daba la sensación de que ambos proyectiles habían penetrado por el mismo orificio.

Cayó de espaldas con notorio estrépito dada su envergadura.

Andrew Hamilton había tirado veloz del cajón central de su escritorio.

Pero Monroe ya le estaba apuntando en mitad de la frente.

—Yo no lo haría, enemigo.

El encañonado sonrió de manera que a la pareja le resultó incomprensible.

Murmurando:

—No me dejas otra opción. Curtis. Porque a mí no me gusta salir en televisión, ¿sabes? Nunca me he tenido por fotogénico y...

Había enmudecido pero... ¡seguía moviendo las mandíbulas!

—¡ANDREW...! —gritó Monroe comprendiendo el por qué, ¡NO! ¡NO LO HAGAS!

Cuando saltó por encima de la mesa para atraparlo, el que como propietario del Casablanca *Show's* figurase con el nombre de Roy Bergen, cayó atrás, fulminado.

Curtis musitó:

—Cianuro...

—¿Se ha envenenado? —preguntó Joan.

—Sí... —Monroe se levantó para besar la frente de la chica. Y le dijo—: Lo has hecho muy bien, prenda.

Joan Shearer extrajo del bolsillo trasero de su pantalón bombacho color cereza que encerraba la rotundidad de sus exquisitas nalgas, el receptor-transmisor miniatura con el que siguiera el diálogo mantenido por quien ella creía Bergen y Monroe, interviniendo en el momento en que, de acuerdo con lo convenido de antemano, oyera exclamar al detective: «¡Está visto que siempre no se puede ganar!».

Tendiéndoselo con mano ligeramente trémula, dijo:

—Guarda esto, Curtis.

—¿No quieres guardarlo tú como recuerdo de tu primera aventura detectivesca?

—¡Por favor! —exclamó con un repelo.

—Llamaré a la policía... sin dar mi nombre. A ellos no creo que les convengan las averiguaciones. Al menos hasta ahora, no les interesaban.

—¡Te juro que no entiendo nada, Curtis!

—Mejor así, pequeña. Luego nos iremos a charlar con un buen amigo mío.

—¿Quién? —preguntó la chica.

—Frankie Bannister.

—¿El presentador de TV?

—O. K.

Y Frankie Bannister, presentador del programa «Este hombre es noticia» en el canal v de la Yorkworldvision neoyorquina, dijo rotundamente: «NO», al ofrecimiento desinteresado de Curtis Monroe.

Razonando:

—Me apuntaría el éxito de mi vida, pesquisa. Sí... el éxito del siglo. Pero tú caerías acribillado a balazos cuando pusieras un pie fuera de este edificio. A ese precio, como comprenderás fácilmente, no quiero éxitos ni gloria. Esto lo hemos encontrado así, y no lo arreglaremos con sacrificios estériles. Además, ¿crees de veras que alguien te lo agradecería? ¡Ni lo sueñes, amigo! Y cuando estuvieras muerto te harían pasar por loco y todo seguiría igual.

—Frankie tiene razón, Curtis... —apuntó tímidamente Joan.

—Eso me temo —inclinó la cabeza el detective. Filosofando—: No son gigantes, son molinos... pero para el caso, es lo mismo. Adiós, Frankie... y gracias.

—Para eso estamos, compañero.

Ya en la calle, Joan preguntó:

—¿Y ahora?

—A tu camita, preciosa. Quiero que esta noche intentes convencerme de las ventajas del matrimonio, ¿eh?

—¡Por probar nada se pierde!

Curtis consultó la esfera luminosa de su reloj, pegándose una palmada en la frente.

Ella, con visible expresión temerosa, preguntó:

—¿Qué ocurre ahora, Curtis?

—¡Tengo que telefonear a Ed!

—¿Y no puede eso esperar a mañana?

—¡Pobre chico...!

—¿Acaso no soy yo una pobre chica que está loca por ti? — También...

—¿Entonces? —inquirió ella, susurrante y mimosa.

—¡Vamos a la camita! —exclamó el moreno.

—¡Vamos...! —suscribió Joan, la chica que estaba loca por él.

FIN



Francisco Caudet Yarza (Barcelona 1939), ya en la infancia manifiesta su inclinación hacia la literatura y se apasiona con la lectura de clásicos franceses y rusos (Dumas, Tolstoi, Verne), autores que simultánea con los españoles de la novela de kiosco como Mallorquí, Donald Curtis, Mark Halloran y otros, en especial Guillermo López Hipkiss con el que se identifica de tal modo que, pasado el tiempo y siendo ya un profesional de la novela popular, reconoce que él ha sido el auténtico detonante de su vocación literaria. Debuta en 1965 en el mundo de los «bolsilibros» con la madrileña Editorial Rollán que le publica su primer original en la legendaria serie

FBI,

con el título de Enigma. Dos años después la barcelonesa Bruguera le ofrece un contrato de colaboración en exclusiva para novelas de bolsillo, empresa que comercializa durante años sus originales que rozan los cuatrocientos títulos y que firma con el más conocido de sus seudónimos: Frank Caudett. Con el devenir del tiempo incursiona en otros ámbitos literarios y publica con diferentes editoras, entre ellas Edimat, Libsa, Planeta, Ediciones Obelisco, etc. Algunas de sus obras más significadas son: Al correr del tiempo..., Generaciones Castradas, Historia Política de Cataluña

1880-1936,

Las profecías de Nostradamus, Franco resumen biográfico y es autor, junto con su esposa, la documentalista María José Llorens, del primer libro sobre la Ouija que se publica en la España de la transición. Desde hace varios años colabora con un *holding* editorial sudamericano.

Multieditors de Promociones, S. L., *holding* sudamericano antes aludido, es la editora que publica actualmente la totalidad de su producción literaria, repartida en diferentes colecciones, según las respectivas temáticas. Death Club es una serie policiaca, lo que hoy se conoce como «novela negra», en la que volviendo a su legendario seudónimo de Frank Caudett, han aparecido varios títulos suyos. El último, La Starlet, según los informes que le facilita la propia editorial, ha recibido el beneplácito de la asesoría literaria y también una favorable acogida por parte del público lector.

Utilizó los

ALIAS:

- Frank Caudett.
- Frankie Cauyarz.
- Kyle Brown.
- Michael Bannister.
- Montana Blake.
- Ariel Sinclair.
- Winston McNeil.

Notas

[1] Lo que en castellano se llama VOCALISTA. (N. del T.). < <

[2] En traducción libre puede admitirse como: «MUERTE, POR FAVOR», aunque de acuerdo con el contexto de la letra de la canción también podría admitirse coma «MATAME, POR FAVOR...» o «QUIERO MORIR, POR FAVOR...». (N. del T.). < <

[3] En traducción literal su significado es: INFORMACION DE ORO. Pero de una forma liberal y menos ortodoxa puede aceptarse como INFORMADOR DE ORO o INFORMES DE ORO. (N. del T.). < <